

## «Libro a la gorra»

Este es un «libro a la gorra». Yo imprimo y facilito los ejemplares, con el deseo de que circulen entre los lectores.

El libro es un vehículo para mi obra. Si te gusta, podés apoyarla con una contribución voluntaria. Este sistema me permite publicar sin depender de la burocrática e incierta industria editorial.

Hay varias formas de realizar un pago:

- **Efectivo.**
- **Banco:** el alias es *jmgurrera1*
- **Paypal/Tarjeta:** [paypal.me/jmgurrera](https://paypal.me/jmgurrera)
- **Mercado Pago:** [jmgurrera@gmail.com](mailto:jmgurrera@gmail.com) o mediante el código QR que puede encontrarse en mi sitio web.
- **Binance:** [jmgurrera](#) o mediante el código QR que puede encontrarse en mi sitio web.

Si tenés otras ideas, contactame. Gracias :)

# Expulsado del País de los Lectores

Juan Manuel Guerrero

Primera edición

*A quienes el fuego consume, pero no vence.*

# Introducción

Es noviembre de 2021.

Me siento encendido. Levanto la cabeza, miro al futuro y me pregunto hasta cuándo durará el impulso. Me respondo que no lo sé, pero que es el momento de aprovechar y acelerar a fondo.

Este es el séptimo libro que escribo y publico. Es difícil no pensar que ya cualquiera escribe siete libros.

Siempre me esfuerzo por escribir más allá de la actualidad, como un intento vano de que mi obra pueda sobreponerse al paso del tiempo. Pero a veces, como ahora, la realidad es demasiado patotera como para agachar la cabeza y cruzar la calle. Si, acorralado, no tuve más remedio que enfrentarla, lo hice con la ingenua esperanza de creer que también lo cotidiano tiene ventanas que se abren hacia lo trascendente.

Como ya es costumbre, además de ser a la gorra, el libro se publica bajo una licencia muy libre de *Creative Commons*. Esto quiere decir que todo el mundo puede imprimirlo, venderlo y hacer millones con él. Si alguien consigue esto último, agradeceré que me comparta los pormenores de la experiencia.

Cumplida la obligación de unas palabras introductorias, pasemos de una buena vez a los relatos.

# Expulsado del País de los Lectores

Ya hemos hablado de Jáuregui, el Escritor Expulsado. Se trata del escritor independiente que da a conocer su obra en diversos espacios públicos de la República Argentina. O por lo menos lo intenta, ya que por lo general es intimidado a retirarse por guardias, inspectores o policías. Estas deportaciones serían hasta deseables si tuvieran por objeto prevenir a los lectores de su literatura, pero en lugar de eso le enrostran que la venta ambulante no está permitida, que es necesario un permiso municipal u otras arbitrariedades por el estilo.

Jáuregui se opone. Primero, de modo elemental y reflejo. Se planta frente a los expulsos de ocasión y se niega a partir. Pero luego, ya entrado en calor, contraataca. Como si fuera un resorte pos-presionado, comienza a lanzar sofisticados argumentos que hilvana con destacable habilidad hasta construir un verdadero alegato político. Interminable, por cierto. Su oratoria nos recuerda a un Fidel Castro, pero razonable y liberal.

Durante decenas de minutos, Jáuregui expone su defensa. Si la garganta está fuerte y lubricada, lo hace a los gritos para que toda la concurrencia pueda escucharlo. En su derrotero retórico, cita todo tipo de personajes y eventos históricos. Viaja a tiempos remotos evocando a Roma, a Persia y a la China ancestral. Con pedagogía excesiva, repasa sus ascensos, sus glorias y sus caídas. A la hora de las conclusiones, se detiene en circunstancias específicas e insiste en la importancia capital de aprender sus lecciones. Las llama «puntos históricos de inflexión».

Los representantes de la ley siempre responden igual: lo subestiman por completo. No llegan a ese punto directamente. Primero se sorprenden, luego se miran con incredulidad y por último, cuando ya están cansados de escucharlo, lo advierten con gravedad. Utilizan la mirada, el tono de voz y hasta la aproximación corporal para hacerle sentir su inferioridad física. A las armas de cristal de sus discursos, a esos sofisticados juegos de palabras color pastel, le oponen la realidad inapelable de la fuerza material; de la carne, de los huesos y de otros tangibles. Y lo despachan.

Jáuregui no tiene más remedio que marcharse. Pero atención. Nunca, pero nunca, para rendirse. Porque para eso está el resto del mundo. Luego de ser desterrado de alguno de esos espacios que considera propios, se dirige inmediatamente al siguiente. Porque siempre hay una plaza desde la cual amotinarse.

Si Jáuregui tolera la sucesión interminable de expulsiones, no es porque esas disputas callejeras le resulten importantes en sí mismas. Es cierto que las sostiene como si fueran las últimas, pero lo hace más bien como ejercicio, como estudio o como experiencia literaria. Para nuestro escritor, la verdadera batalla se da en un plano más elevado. Y en esa contienda trascendental, tiene una y solo una misión que considera fundamental: escribir.

—La única resistencia verdadera —«aclara» el Escritor Expulsado cuando le menciono por enésima vez que no lo estoy entendiendo.

A Jáuregui pueden echarlo de mil calles, de mil parques, de mil playas, pero nunca podrán echarlo tan fácilmente del mundo de las ideas. No podrán deshacerse sin esfuerzo de sus problemas mentales, de sus obsesiones, de su incapacidad para darse por vencido. Tampoco de sus interminables listas de ideas para escribir, ni de sus borradores ininteligibles, ni de sus libros en efecto publicados. Ni, mucho menos que menos, de su accionar.

—«La imagen de sí mismo que un escritor deja en los demás es parte fundamental de su obra» —cita nuestro escritor a Borges para subrayar la palabra «accionar».

A Jáuregui no le importa si lo sacan, o no, de la plaza. Lo que le importa es negarse. Y si no tiene más remedio que irse, que sea por la fuerza. Y si es por la fuerza, que sea tan solo para irse a la próxima plaza. Lo importante es no ceder nunca. Y para el Escritor Expulsado siempre hay una forma de no ceder. Así de insoportable es nuestro escritor.

Pero ese es tan solo el comienzo. Existen muchas otras fuerzas centrífugas que operan sobre Jáuregui. Una en particular es la que nos convoca en este escrito. Es una mucho más general, compartida con la gran mayoría de sus conciudadanos.

Se trata de la República Argentina. La gran nación americana que un día los libres del mundo saludaron. El país de la educación pública de

excelencia, del guardapolvos blanco, de los premios Nobel, del ascenso social, de las librerías abiertas durante la noche. El País de los Lectores.

Es el mismo país demente, extorsivo y explosivo, que no deja de caer. El país psicópata que se hunde con fanatismo en el fango de la flagelación, tragando más y más barro asfixiante, como una rueda enloquecida que da vueltas y vueltas para no ir a ningún lado. El país chiflado que se aboca con pasión desbocada a revolcarse en la dolorosa frustración del fracaso, una y otra vez, como si padeciera una irrefrenable pasión por el dolor. El país maniático, insano, que vuelve una y otra vez a cometer los mismos errores, como un adicto, como si la depresión fuera una oscura fuente de placer o como si sus dramas existenciales, inabarcables, no le permitieran otro camino que la autodestrucción más terminal como único resquicio de descanso, de sosiego, tal vez de salvación.

Sin embargo, el verdadero problema es que el gigante argentino no cae sobre el suelo, sino sobre sus propios hijos. Ellos sí quedan aplastados contra la mismísima lona. No tienen más remedio que habituarse a una vida adversa, estresante y pobre. El progreso, la esperanza o el futuro son lejanos privilegios solo accesibles en los países normales (ya no hablamos de países lejanos, sino de los vecinos). O en el pasado. Lo que alguna vez fue la esencia de nuestra patria se convierte en utopía. Algunos, para intentar evadir ese destino fatal, deciden emigrar. ¡Cuánta tristeza, querida Argentina, cuánta! ¡Vos, una tierra de inmigrantes!

La situación no es fácil para nadie. Para los artistas, tampoco. Pero no es cuestión de caer en la tradicional victimización que a muchos de ellos tanto les gusta agitar. Ese lamento es tan solo un atajo, utilizado hasta el hartazgo, para justificar fracasos personales.

—El artista victimizado no es un artista. Auto-posicionarse en el centro de la desgracia puede ser tolerable en un deportista, en un político, en un banquero, pero no en un artista. Los verdaderos artistas asumen la fatalidad como parte de su destino. Es un factor esencial de su naturaleza, de su génesis, de su razón de ser. No es por ninguna otra cuestión que las sociedades los necesitan (y los toleran). El artista puede ser ignorado, menospreciado o hasta un mártir, pero nunca una víctima. El verdadero artista debe tener el valor de enfrentarse a la verdad y mostrarla hasta las últimas consecuencias. Y es difícil que semejante misión conduzca a finales felices. Pero así es, así debe ser. A sufrir, mis amigos. Y si no les gusta, a

ponerse un kiosco —declara Jáuregui, mate en mano, desde la sombra de una higuera en su casa.

Si hay una víctima en este gran derrumbe celeste y blanco no son los artistas. Ellos siguen siendo privilegiados. Todavía son artistas en medio de la desintegración y el caos. Quieran o no, son protagonistas. Deben serlo. Si no había salvación antes, mucho menos la hay ahora. La sociedad espera, y necesita, que pongan su sensibilidad al servicio de comprender y señalar la salida. ¿Qué clase de bombero se proclama víctima en medio de un incendio? ¿Qué clase de médico se proclama víctima en medio de la urgencia de un quirófano? ¿Qué clase de artista se proclama víctima en medio de un terremoto existencial?

Las verdaderas víctimas, las únicas, son aquellos que no tienen educación, ni salud, ni justicia, ni pueden tenerlas. Y eso incluye no poder ir a buscarlas a otro lado.

Jáuregui es un privilegiado. Para comenzar, es un artista. Si bien no tiene justicia, sí tiene salud y educación. Y por si esto fuera poco, también tiene la posibilidad de irse. Gracias al azar, tiene antepasados vascos, es decir, está habilitado a gestionar la ciudadanía española con relativa facilidad. Y eso ha estado haciendo durante el último año. Aunque resulte difícil de entender, no siente contradicción ni remordimiento por ello.

El teléfono suena. La ciudadanía española está lista. Solo tiene que pasar a retirar la documentación hoy por la tarde. Jáuregui está conmovido. Se imagina a sus abuelos vascos mirando el mar y pensando en la Argentina. También se imagina a él mismo mirando el Río de la Plata. Creía que este momento no llegaría nunca. Una gran cuota de libertad ya está casi en sus manos. A partir de ese instante, ya no habrá excusas a la hora de plantearse la emigración. El futuro ahora se ve más claro.

Jáuregui repasa y pospone todas las actividades de su día. Almuerza en silencio mientras piensa en los años por venir. Nada será fácil. Repasa sobre la mesa toda la documentación que debe llevar consigo y sale a la calle.

El barrio de Agronomía está más brillante que nunca. Jáuregui toma la calle Artigas rumbo a la Avenida San Martín. Como siempre, a la altura de la placita, concentra su atención en el tercer piso del pabellón 1. Allí vivía Cortázar. Esta vez, no piensa que ese rincón de Buenos Aires es

extraño. No piensa que es literario. No piensa que las casualidades no existen.

Jáuregui llega a la parada del 105. Se sienta. Mira a su alrededor. Las personas cargan con naturalidad las cruces invisibles de la injusticia. El Escritor Expulsado saca un libro de la mochila. Es el tomo I de las Cartas Morales a Lucilio, de Séneca. Abre el libro en la carta 66 y lee: «Permíteme, Lucilio, hacer una afirmación más audaz: supuesto que unos bienes pudieran ser superiores a otros, yo hubiera preferido éstos que parecen lúgubres a los suaves y delicados. Los hubiera proclamado más grandes. Porque más meritorio es superar las dificultades que moderar las alegrías.»

El 105 parece no llegar nunca, como el futuro de la Argentina. Sin embargo, al final, el colectivo sí llega.

La tardanza implica que el 105 viene muy lleno. Jáuregui sube buscando la óptima combinación de permisos y empujones. El colectivero grita a los pasajeros que se corran hacia atrás. «¡Un pasito adelante!», le ordena al Escritor Expulsado. Cierra la puerta y arranca. Nuestro escritor nunca paga el boleto, en esencia porque no puede llegar hasta la máquina y porque el colectivero tiene otras prioridades. Durante el viaje, la masa compacta de pasajeros va fluyendo hacia atrás, a medida que algunos se despegan del mazacote humano para bajar y otros se van sumando por el frente. Como un experimentado *border collie*, el colectivero controla su ganado a fuerza de indicaciones y gritos, todo desde los pocos centímetros cuadrados del espejo retrovisor.

Jáuregui no se resigna. Tarda diez minutos en ingeniárselas para sacar su libro. Un codito se le clava en la espalda, pero con admirable estoicismo senequiano decide que eso poco tiene que ver con su felicidad. Ya en la carta 67, lee: «Mi voluntad sería tener los tormentos lejos de mí; pero si hubiere de padecerlos, será mi deseo comportarme en medio de ellos con fortaleza, honestidad y valor. ¿Por qué no voy a preferir que se evite la guerra? Pero si se produce, mi deseo será soportar con magnanimidad las heridas, el hambre y cuantas desgracias acarrea la fatalidad de la guerra. No soy tan demente como para querer enfermar; pero si he de arrostrar la enfermedad, será mi deseo no comportarme con impaciencia. Así que no es la contrariedad lo deseable, sino la virtud con que soportamos la contrariedad.»



Más temprano que tarde, Jáuregui debe abandonar la lectura. Hay corridas dentro del colectivo. Por un momento, se siente en las inmediaciones violentas de un estadio de fútbol. El tumulto se apacigua, pero es mejor permanecer alerta, para no perder el libro, ni la mochila, ni la billetera. Ya avanzado en su recorrido por la calle Mitre, el 105 se detiene al llegar a Ayacucho, a dos cuadras de la Avenida Callao. Es la zona del Congreso. «¡Fin del recorrido!», grita el chofer. Afuera, se escuchan bombos y algún que otro petardo. Es un día más de protestas en Buenos Aires. Los pasajeros murmuran e intercambian pareceres. El veredicto unánime es que las calles están cortadas y el colectivo no puede seguir. Es posible que tal informe haya manado desde el chofer hacia el fondo. Con el diagnóstico aceptado, la gente chista, bufa, putea.

—Como si sus vidas no fueran lo suficientemente macro-complicadas, también deben afrontar las micro-complicaciones. En la mayoría de los casos, tan solo para ir a trabajar —se lamenta el Escritor Expulsado.

Jáuregui deja el colectivo atrás. Avanza a pie en dirección a la Plaza del Congreso. A medida que se acerca, los bombos y las voces de megáfono se hacen más intensos. La Avenida Callao, Rivadavia e Yrigoyen están cortadas. Hay olor a parrilla callejera. Miles de personas se amuchan sobre el frente del Congreso. Una buena cantidad de ellas tienen pecheras y algunas sostienen grandes banderas. Nublando la vista, parecen formar un ejército.

—Todo es una gran equivocación, una que también me pertenece —reflexiona, enigmático, nuestro escritor.

Ya traspasada la multitud, Jáuregui se adentra en la plaza. Está sucia, destrozada, decadente, como la Argentina misma. La gente va y viene hacia la concentración principal. Antes de abandonar la plaza, el Escritor Expulsado se sienta en un banco. No la ve, pero está muy cerca de la estatua *El pensador* de Rodín. Apoya su mano en el mentón y mira el edificio del Congreso. Se le hace un nudo en la garganta.

Buscando escapar de la angustia, Jáuregui mueve la mirada hacia su antiguo departamento, donde vivía allá por el año 2002. Está justo enfrente, sobre la calle Yrigoyen. La idea de una enorme estafa le viene a la mente. Se retrotrae a esa época y revive el conflicto permanente, las manifestaciones diarias, las porciones de plaza ocupadas. De algún modo,

todo sigue igual, o peor, porque ahora han pasado veinte años. Argentina es el eterno retorno, la piedra de Sísifo, las ruinas circulares.

—Tal vez solo seamos literatura —postula el Escritor Expulsado.

Todavía sentado en la plaza, Jáuregui saca su libro y lee: «¿Es que tú crees que son únicamente deseables los bienes que se nos ofrecen a través del placer y del ocio y que acogemos con guirnaldas en las puertas? Existen ciertos bienes de rostro severo.»

Jáuregui ve ante sí mucho más que un rostro severo. Ve uno implacable, de mirada impiadosa. Perturbado, se levanta y camina hacia la Avenida de Mayo. También está cortada. Mientras la camina, todavía puede advertir el pasado dorado. Ahora está vacía, poblada por locales cerrados y paredes pintadas. Solo queda el consuelo de mirar hacia arriba y advertir que las grandes cúpulas permanecen inaccesibles. El sol siempre las ilumina.

Acongojado, Jáuregui llega a la Plaza de Mayo. Camina hacia la pequeña pirámide central y se sienta a su lado. Mira el edificio de la Casa Rosada. Más que un nudo, se le hace una rosca de pascua en la garganta. Quiere escapar de ese ahogo. Abre su libro y lee: «Hago memoria de nuestro Demetrio, quien llama ‘mar muerto’ a la vida tranquila que no acusa embate alguno de la fortuna. No contar con motivación alguna que te mantenga despierto, que te estimule, cuyos presagios y acometidas pongan a prueba la firmeza de tu alma, sino abandonarse a una quietud inalterable; eso no es sosiego, antes bien flojedad.»

—¿Y sobre qué voy a escribir en los mares muertos de Suecia, Australia o Canadá? Mares muertos ajenos, que no entiendo, que no me pertenecen. ¿Qué voy a hacer con tanta estabilidad, con tanto confort, con tanto funcionamiento? ¿Al servicio de qué causas voy a poner mi fuerza, mi literatura, mis privilegios? ¿No son estos, acaso, regalos que uno recibe para oponerlos al imparable avance de la adversidad? ¿No es una vida doblemente injusta aquella donde los dones se dejan marchitar? —se pregunta nuestro escritor mirando al cielo que sí lo entiende, que siempre lo entenderá.

Ya casi es la hora. Jáuregui se pone de pie y camina a paso vivo hasta la oficina adjunta del consulado español. Al llegar, ve una multitud esperando en la calle. Contempla la escena con infinita tristeza. Aborda al guardia de seguridad y le explica que tiene un turno. Pasa. Se presenta en la

mesa de entrada, lo mandan al segundo piso. Allí, se sienta para esperar a que lo llamen. Abre su libro y lee: «Átalo, el estoico, solía decir: ‘prefiero que la fortuna me retenga en sus campamentos [de guerra] más bien que entre sus delicias. Sufro tortura, pero con firmeza; está bien. Sufro la muerte, pero con firmeza; está bien.’»

«Jáuregui», llama un funcionario del consulado. Tiene acento español. Lo invita a sentarse en su escritorio. Le dice que todo ha salido bien. Le explica cada uno de los papeles que está por entregarle, los mete en un sobre y se los da. Sonríe, le extiende la mano y lo felicita. Ya de pie, antes de despedirlo, le pregunta con curiosidad a qué ciudad española piensa mudarse.

—A ninguna, hombre —contesta el Escritor Expulsado antes de retirarse.

Jáuregui deja el edificio con una mezcla de entusiasmo y pesar.

«¿Pero cómo que a ningún lado?», le pregunto yo, siempre yo, Juan Manuel Guerrero.

—Que a ningún lado, he dicho. Si para algo gestioné la famosa ciudadanía es para no irme a ningún lado, pero en absoluta libertad. Bien fácil es no irse adonde uno no puede hacerlo. Muy diferente es cuando se cuenta con todas las posibilidades. Ahora mi libertad es más amplia, mi convicción es más fuerte, mi apuesta es más alta. Mi determinación es más grande. Mi palabra es más poderosa. De ningún modo voy a irme. De ningún modo voy a hacerles ese favor. De ningún modo voy a dejarles libre el campo de juego. De ningún modo voy a dejarles el aire que respiro, el silencio de mi ausencia, el espacio de mi cuerpo parado enfrente. De ningún modo voy a dejarles el blanco de las hojas, la voz de las radios, las sillas de los ateneos. Antes, tendrán que sacarme a golpes o a paladas de tierra. Y aun así, en la cómoda quietud de la tierra tibia, todavía no podrán deshacerse de mí. Seré pasto y seré flores. Seré una mujer libre leyéndome. Cuando el frío sea atroz, cuando la oscuridad sea aterradora, cuando el desconsuelo sea tan agobiante que no permita respirar, mis inexplicablemente queridos compatriotas todavía podrán abrazarme. Creerán lo que les digo. Como un abanderado olímpico, les pasaré la antorcha de la esperanza. Serán ellos (y con ellos, yo mismo) quienes por fin recuperen la sagrada bandera de la libertad.

Jáuregui saca su libro. Esta vez, lo lee en voz alta para que yo pueda escucharlo: «El fuego me consume, pero soy invencible. ¿Por qué este trance no va a ser deseable? No porque el fuego me consume, sino porque no me vence. Nada más excelente que la virtud, nada más hermoso; bueno, y a la vez deseable, resulta todo acto que se ejecuta bajo sus órdenes<sup>1</sup>.»

# Los malditos genios

*Para María, la siciliana.*

Según mi padre, nuestra familia paterna tiene tres ramas: los Trovato buenos, los Trovato neutros y los Trovato malos. Cada una de esas ramas se referencia en uno de los tres hermanos Trovato, es decir, mi padre y sus dos hermanos.

Los Trovato buenos somos nosotros. Mamá, papá y yo. Una familia normal, típica, sin ninguna clase de extravagancia ni actividad de interés. Aburridos, podría decir alguien. Trabajadores, estudiosos, en algún punto conservadores.

Los Trovato neutros son los que usualmente llamo primos y tíos. Otra familia promedio, olvidable, la más joven de las tres. Correctos, de poner la otra mejilla, «buenudos» diría mi padre. Viven en otra ciudad y los vemos un par de veces al año, por lo general para las fiestas.

Los Trovato malos son personajes siniestros que no conozco en persona. Lo primero que puedo decir de ellos es que son muchos. Mis tíos malos tienen cinco hijos. Viven en una tercera ciudad y nunca los vemos. No hay relación. Lo poco que sé de ellos me lo ha contado mi padre. Su resentimiento hacia ellos es irreductible, aunque nunca he llegado a comprender del todo por qué. Si tuviera que explicarlo, la verdad es que no podría. No tengo registro de que alguna vez me hayan hecho algo malo. Mi padre siempre evade los detalles. Cuando menciono sus huidas, promete que algún día me contará o, en oscuro tono premonitorio, me dice que ya «lo veré con mis propios ojos».

Es sobre esa velada amenaza que hoy me dispongo a hablar. Como toda historia familiar, es larga y tediosa, sobre todo para los demás. Inocente prójimo que no solo debe cargar con su propia historia (¡y su propia familia!), sino que además tiene que tolerar las ajenas. Como todavía soy una persona de bien, intentaré por todos los medios limitarme a lo indispensable.

«Vividores», así llamaba mi padre a los Trovato malos. «Siempre lo han sido», agregaba, pero según su punto de vista la cuestión había empeorado cuando se hicieron cargo de cuidar a los abuelos. Con ese pretexto, aseguraba, habían extorsionado durante largo tiempo a los culposos Trovato neutros, quienes cada año aceptaban enviar más dinero para su manutención. A nosotros, los Trovato buenos, también habían buscado presionarnos, pero por suerte éramos lo suficientemente listos como para no caer en esa celada tan ancestral.

—¿Y por qué dejamos que los abuelos vivan con ellos? —le pregunté una vez a mi padre.

—Es lo que ellos eligieron, tenemos que respetarlos —me contestaba él, sin que yo terminara de aceptar su respuesta.

—¿Pero realmente lo eligieron? ¿Vos les ofreciste que vengan con nosotros?

—Lo eligieron. Lo sé. Nosotros estamos muy lejos, hijo —me decía con tono paternalista, pero sobre todo con poca consistencia. Luego, cambiaba de tema.

Las tres ramas de la familia vivieron siempre en relativa armonía mientras permanecieron aisladas, cada una en su ciudad mediana de la Provincia de Buenos Aires. La tranquilidad, basada en la indiferencia, solo había sido interrumpida durante los pocos años en que los abuelos habían convivido con los Trovato malos. Luego de fallecer los abuelos, esa fuente de recurrente conflicto desapareció. El desinterés mutuo logró restablecer la misma civilidad del pasado en las relaciones familiares. Las críticas, sobre todo de mi padre hacia los Trovato malos, eran dardos abstractos que se lanzaban en ausencia de ellos, es decir, no tenían ninguna consecuencia.

Pero la relación de conflicto se reavivó cuando mis tíos neutros se mataron en la ruta. Viajaban en auto, rumbo a la casa de un familiar lejano que todavía vivía en el campo, cuando chocaron de frente con un auto que había perdido el control. Mis primitos salieron ilesos, pero mis tíos neutros murieron en el acto. La conmoción familiar fue grande, no solo por la cercanía con ellos, sino también por las consecuencias del accidente. Mis primitos eran todavía muy chicos y, de repente, habían quedado huérfanos.

Mis tíos neutros siempre habían sido muy previsores. Por eso no nos sorprendió del todo cuando su abogado nos llamó para informarnos que

habían dejado un testamento con instrucciones precisas sobre los pasos a seguir. Hasta una muerte imprevista habían contemplado como posibilidad.

Lo que sí nos sorprendió fue lo dictado por el testamento. Por un lado, dejaban la tenencia legal de sus hijos a los Trovato malos. Otra vez, la realidad golpeaba el edificio de juicios que yo había construido con los ladrillos de mi padre. Como en el caso de los abuelos, las personas elegían quedarse con los tíos malos. ¿Cómo podía ser posible?

Pero eso no era lo más sorprendente. Lo más extraño era que todos los bienes de los Trovato neutros quedaban a nombre de sus hijos, mis primitos, pero bajo mi administración. Sí, la mía. No la de mis padres, no la de los Trovato malos, sino la de un joven inexperto como yo. Los bienes incluían la casa, una abultada cuenta bancaria y un maletín lleno de billetes de cien dólares (por supuesto, el testamento no lo describía de ese modo). ¿Por qué no habían dejado esta responsabilidad a mis padres o, directamente, a los Trovato malos? ¿Cuál era el problema con ellos?

Mi padre estaba invadido por muchas emociones. Sin dudas, estaba devastado por la muerte de su hermano. En la práctica más objetiva, su único hermano. Pero además estaba enojadísimo. No comprendía —y no aceptaba— por qué le habían dejado la tenencia de los chicos a los Trovato malos. Y mucho menos comprendía por qué habían dejado en mis manos la administración de sus bienes. Era difícil no reconocer que lo habían apartado deliberadamente. Y por eso no se resignaba a aceptar las indicaciones que emanaban del testamento. Sin embargo, con el pasar de los días, no tuvo más remedio que hacerlo.

Fuimos al velorio. Por primera vez en mi memoria, conocí a los Trovato malos. Mi expectativa era la de encontrarme con una cinematográfica familia de la mafia siciliana. Esperaba encontrar trajes caros y oscuros, anteojos y camionetas negras, miradas superadas y calculadoras. Pero en cambio me encontré con una familia de pueblerinos. Básica, rudimentaria, rural. En el velorio eran nueve: el tío, la tía, sus cinco hijos y los dos primitos neutros.

Había mucho dinamismo, por no decir descontrol, en los Trovato malos. Los chicos corrían y gritaban por todas partes. Los padres no corrían tanto, pero sí gritaban. La escena se amoldaba, en efecto, a mi idea de “lo siciliano” (los Trovato nacionales habían llegado desde Sicilia), en efecto me llevaba a pensar en un puñado de campesinos gringos o de inmigrantes

recién llegados a la Argentina. Esa impresión se debía, sobre todo, a que no hablaban del todo bien. Se comían las consonantes, confundían algunas palabras y hacían unas pausas disonantes. Estas últimas eran coherentes con su vestir aleatorio, inconexo, además de bastante arrugado. Debo decir, eso sí, que parecían muy limpios.

Era la primera vez que yo asistía a un velorio completo desde una posición familiar tan cercana. Todo me parecía extraño. Personas que nunca habían visitado a mis tíos neutros, lo hacían ahora con enorme compromiso. Y personas que se llevaban decididamente mal se sometían a compartir ese espacio durante horas a pesar de todo.

Con el correr de la ceremonia, los Trovato malos me parecían cada vez menos malos. Más que vividores, parecían torpes. Para ser más preciso, se amoldaban muy bien al concepto de desastre.

En un momento, mi padre salió a fumar un cigarrillo. Lo seguí para conversar con él. Le compartí mis primeras impresiones y le pregunté por qué eran tan implacable con los Trovato malos.

—Hijo, no te dejes llevar por las apariencias. Bajo ese burbujeo de bonachonería se esconden seres maquiavélicos —me dijo. Luego, como siempre, cambió de tema. Aprovechó para criticar a varios de los asistentes y, ya que estaba, volvió a expresar su desacuerdo con las decisiones testamentarias de los Trovato neutros.

Desde el día del velorio, por mandato de mis difuntos tíos neutros, comencé a tratar de manera directa con los Trovato malos. Mi padre opuso resistencia e intentó imponer sus propios criterios, pero yo ya no era un simple adolescente. Amparado en la memoria de mis tíos neutros y en la viva responsabilidad sobre mis primos, encontré la fortaleza para hacer primar mis propios criterios. Por supuesto, eso no logró evitar que cargara sobre mis espaldas con los prejuicios de mi padre. Mi orgullo era grande y de ningún modo quería tolerar su voz diciéndome “te lo dije” por el resto de mi vida.

Estrené mi flamante rol de administrador con una visita de varios días a la casa de los Trovato malos. Fui solo. Manejando hasta la ciudad donde vivían, con la Pampa de fondo, repasé las interminables combinaciones de posibilidades buscando alguna que le diera sentido a la situación. No pude encontrarla.



Llegué al encuentro con una actitud decididamente defensiva. Ellos me recibieron con sospechosa naturalidad, con una hospitalidad casi culpable. Me hospedaron en el cuarto de invitados. Era enorme y estaba preparado con evidente dedicación: sábanas, toallas y toallones. Todo nuevo. Hubiera apostado a que habían comprado todo esto para la ocasión.

Las comidas fueron el momento de encuentro por excelencia. Comimos juntos todos los días. Con destacable dedicación, los Trovato malos prepararon deliciosas recetas sicilianas que —para ellos— eran parte de la sagrada tradición familiar. Yo me ofrecí a cocinar algún día, pero no me lo permitieron. Me dijeron lo que les parecía evidente: en Sicilia era inconcebible que los invitados cocinen.

Tal vez era cierto, como decía mi padre, que los Trovato malos eran nefastos. Pero, si lo eran, se debía a otras cuestiones. Comían en exceso y con la boca abierta. Hablaban, o gritaban, todos a la vez. Mientras comíamos (y gritaban), el televisor estaba encendido con el volumen al máximo. La reunión era un caos, aunque debo admitir que por momentos proyectaba cierto encanto. Solo faltaba un mantel a cuadros blanquirrojos sobre la mesa y una tarantela sonando de fondo.

Resultaba difícil aceptar que esos personajes caricaturescos fueran los reyes del mal. A menos, claro, que el bizarro espectáculo que presenciaba a diario hubiera sido preparado con maléfica minuciosidad. Es decir, a menos que cada una de las graciosas intervenciones que se sucedían en esa casa de locos hubiera sido hilvanada por mis tíos malos con la maestría de los grandes guionistas de la historia. A menos, en resumen, que los Trovato malos fueran unos malditos genios.

Cuánto más disparatada se volvía la posibilidad de una ilusión, de que todo fuera una obra maestra de la estafa, más me aferraba a esa posibilidad. Y más delirantes se volvían las explicaciones que encontraba para dar categoría de realidad a la interpretación criminal de mis tíos malos.

Atrincherado en la desconfianza más cerril, había esperado con paciencia felina que los Trovato malos mencionaran el dinero de mis primos. Después de todo, esa era la razón última por la cual estaba allí. O por lo menos así era como yo lo veía. Sin embargo, los Trovato malos en ningún momento hablaban del dinero. Mi estadía transcurría como si fuera una vieja costumbre familiar, un ritual que habíamos practicado desde

siempre, como correspondía a las sanas familias sicilianas, como si yo fuera un hijo más, el mayor, el primogénito, el número diez de la familia.

Tanto fue así que durante el último día de mi estadía todavía no habíamos hablado del dinero. Era mi responsabilidad, el motivo del viaje, así que no tuve más remedio que proponer el incómodo tema. Les dije a mis tíos malos que debíamos hablar sobre el dinero en algún momento antes de mi partida. Ellos se rieron, dijeron “qué divino” y minimizaron el tema. Lo dejaron pasar. En pocos minutos, quedó en el olvido. ¿Qué pasaba con esta gente? ¿Tan sutil tenía que ser el engaño? ¿Tan lejos debía llegar el montaje?

No tuve más alternativa que insistir. Ellos se miraron con ternura. No supe si yo, con mi juventud, con mi seria bisoñez, les generaba ese algodónado sentimiento o si, por el contrario, confirmaban con esa mirada cómplice la adecuada marcha de sus taimados planes.

—Ahora entiendo por qué mi hermano lo eligió a él —le dijo mi tío malo a su esposa con una sonrisa comprensiva. No supe cómo interpretar ese comentario. Dicho eso, me pidieron que habláramos por la tarde, cuando los (siete) chicos estuvieran en la escuela. Me pareció una idea muy sensata. Asentí.

Almorzamos temprano. La comida fue un nuevo capítulo teatral de la miniserie de los Trovato malos. Yo no podía abandonar mi sorpresa. Buscaba con obsesión una pista, un paso en falso que me permitiera desbaratar la increíble tragicomedia. Pero no podía encontrar nada, todo parecía ser la realidad más candorosa.

Los Trovato malos dejaron la casa para llevar a los chicos a la escuela. Parecían disfrutar mucho de esa caminata. Cargaban las mochilas de los más pequeños. Sonreían y retroalimentaban la infinita energía de esos retoños infatigables. Yo los miraba desde la discreta lejanía de una ventana del primer piso, protegido por unas cortinas de injustificable fosforescencia. Había pensado en acompañarlos y ayudarlos, pero al final desistí. El vodevil del almuerzo me había agotado la cabeza.

La decisión de no acompañar a mis tíos malos no me privó de bajar, dejar la casa y seguirlos a la distancia. Deseaba comprobar que la pintura que había contemplado desde la ventana no se decolorara tras la primera cuadra de marcha. A la quinta cuadra confirmé que no, mis tíos continuaban con el mismo e incomprensible júbilo parental. Quedaba también la

posibilidad de que la ficción fuera a tiempo completo y fuera ejecutada independientemente de todo, sin descanso, sin especulaciones, hasta las últimas consecuencias.

De regreso en casa, no supe bien qué hacer. Debía esperar el regreso de mis tíos malos. Busqué libros en las diferentes habitaciones, pero no encontré ninguno. Fui a mi habitación, me acosté y me quedé mirando el techo.

Media hora después, escuché desde mi cuarto el retorno de mis tíos malos. Bajé a su encuentro. No solo habían disfrutado de la caminata con los chicos, sino que ahora también disfrutaban de comentarla. Cuando me vieron bajar, se concentraron en mí. Me preguntaron cómo andaba, qué había hecho en su ausencia, si quería comer algo. Les recordé que habíamos almorzado hacía menos de una hora. Se rieron mirando hacia arriba.

—¡Cierto! —dijo mi tía mala.

—¿Les parece que hablemos del tema del dinero? —volví a traer el tema.

—¡Por supuesto! —exclamó mi tía. ¿Por qué esta mujer estaba siempre entusiasmada? ¿Acaso se podía ser feliz todo el tiempo?

Nos sentamos en la mesa del comedor. Era la primera vez que yo debía conducir una reunión con adultos. Y, encima, una familiar que involucraba cuestiones de dinero. Además, por si fuera poco, era dinero destinado a cuidar de mis primitos neutros, con la memoria de sus padres sobre mis espaldas. Yo lo sentía como una enorme responsabilidad y lo vivía con ineludible tensión.

A pesar de la hospitalidad recibida, en apariencia genuina, no estaba dispuesto a abandonar mi escepticismo. De ningún modo iba a posarme dócil en las manos siempre peligrosas de la credulidad. Amparado en las prevenciones de mi padre, me resistía a confiar del todo en cualquiera de las observaciones registradas hasta el momento. Si había maniobras manipulatorias que no podía percibir, inferir o comprender, me había impuesto el deber de suponerlas.

Hice una larga introducción sobre los principios que guiaban mi accionar. Era una forma de excusarme, pero sobre todo de advertirlos. Eso no me impidió buscar la mayor diplomacia posible. Ya empantanado en la complejidad de mi discurso, la inercia me llevó a construir una maraña encadenada de justificaciones y aclaraciones. Si mis palabras tenían algún

tipo de columna vertebral, mi disertación quedó inválida demasiado pronto, pero eso no me impidió seguir adelante. Me zambullí en el mar de lo incomprensible con convicción encomiable, como un rescatista heroico que se entrega de lleno a la posibilidad de la muerte. Enroscado en mis sentencias demasiado indirectas, tuve la percepción —¡qué digo, la completa certeza!— de que mis tíos malos me habían perdido el hilo casi desde el comienzo. Yo buscaba retomar la llanura, una y otra vez, pero una fuerza poderosa, tal vez el nerviosismo, tal vez la estupidez, tal vez ambas, me impedían el aterrizaje de emergencia en los campos de la sencillez.

En un momento me detuve. Suspiré profundo. Traté de olvidar todo lo que había dicho y pasé a mi propuesta concreta:

—Me gustaría que los fondos a mi cargo se destinaran de manera excluyente a las necesidades más básicas de mis primos. En particular, a todo aquello que tenga que ver con su educación.

Al parecer, mis tíos malos por fin comprendieron algo de lo que trataba de decirles. Así que se relajaron y sonrieron.

—Pero sí, *Chuave* (así me decían), no te hagas problema —fue todo lo que me dijeron. Me quedé en silencio. Ellos también. No me pidieron más detalles, ni me expresaron necesidades inminentes, ni me propusieron ninguna clase de pasos a seguir. Daba la impresión de que el tema estaba cerrado para ellos, de que no podía importarles menos.

—¿Algo más? —me preguntaron por fin.

—No, no, eso era todo —contesté confundido.

Los Trovato malos se levantaron.

—¿Vamos a preparar algo rico para merendar? —me preguntó mi tío con enorme entusiasmo, mientras se frotaba las manos. Mi tía acompañaba la emoción cruzando las manos sobre su pecho. Era difícil saber si estaban más emocionados por la merienda o por haberse liberado de mis formalidades. Tal vez era la combinación de ambas. Ya podían retomar la vida real y dedicarse de una buena vez a los pequeños placeres que daban sentido a su existencia.

—Sí, está bien —acepté, inercial.

Mis tíos malos prepararon dos tortas. Luego fueron hacer unos trámites y a buscar a los chicos. Cuando volvieron, merendamos. La dinámica fue idéntica a la de siempre. Cuando terminamos, les anuncié que

había llegado la hora de partir. Ellos ya lo sabían, pero aun así se comportaron como si los estuviera tomando por sorpresa.

—¿Pero cómo que te vas, Chuave? ¿Ya? ¿Así nomás, de repente? — dijo mi tío con un indisimulable drama en la cara. Como un verdadero veneno líquido, el drama facial de mi tío se derramó sobre la cara de mi tía, que también se volvió seria y compungida. De la cara de ellos drenó hacia mis primitos. Uno de ellos se puso a llorar. Otros lo siguieron. La escena completa se tiñó de llanto y tristeza.

Yo no podía creer lo que estaba presenciando. Era como si nunca les hubiera avisado que me iría, o como si lo hubieran olvidado, o como si nunca me hubieran creído. Inútil fue explicarles que ya les había avisado, que algún día tenía que irme, que tenía responsabilidades en casa. Mi tío malo puchereaba. Finalmente accedió pero me hizo prometerle que volvería pronto, en voz alta y frente a la multitud de primitos.

Yo había llevado algunos fajos de billetes de cien dólares para las necesidades educativas que surgieran de mis conversaciones con los Trovato malos. Pero nada de eso había sucedido. Y tuve la certera impresión de que no sucedería nunca. Por primera vez, me dejé llevar por la intuición. Antes de irme, fui al baño. Llamé a mi tío desde lo lejos. Vino. Lo metí adentro y cerré la puerta. Le dije que por favor aceptara ese dinero que había traído para mis primitos y que lo usara para aquello que creyera necesario, siempre siguiendo la prioridad educativa.

—Dejate de joder, Chuave —me dijo, molesto. Insistí. Forcejeamos. Al final, no tuvo más opción que aceptarlos.

Durante los años que siguieron, cumplí con mi promesa de visitar con regularidad a los Trovato malos. Lo hice a pesar del permanente boicot de mis padres. A medida que transcurrió el tiempo, mis visitas fueron teniendo menos de deber que de deseo. Llegué a forjar una duradera amistad con mis tíos malos y con mis primos, que ahora son adultos. Ya no manejo su dinero, pero siempre me piden consejo sobre el tema.

Llegué a conocer bastante bien a los Trovato malos. Es posible que mi padre haya tenido razón cuando decía que eran vividores. Pero eran solo vividores del presente, no de los demás. Diría que desconocían, o menospreciaban, el futuro. Eran impulsivos, desorganizados, incapaces de aceptar el mañana como criterio de decisión. Más que aprovechadores de lo ajeno, mis tíos eran un descontrol administrativo.

No me resulta difícil viajar al pasado y ver con nitidez a mis tíos malos cuidando a mis abuelos, entonces devenidos en niños caprichosos. Me los imagino dándoles todos los gustos, sin medir consecuencias económicas o morales.

Quizás mis tíos sí hayan sido unos malditos genios después de todo. No, no me refiero a los Trovato malos.

# Los Gatitos abren las fronteras

Promedia el mes de Julio del año 2021 en la caótica República Unitaria de Mosquera. La segunda ola de coronavirus no termina de ceder. El imperdonable Gobierno mosqueriano, entre tantas otras tropelías, ha decretado que miles de conciudadanos situados en otras partes del mundo no puedan regresar al país. El argumento es el de siempre: evitar la propagación del virus. Los resultados también: el virus se propaga igual.

Por supuesto, los funcionarios públicos se han autoexcluido de esa limitación.

Para ser más preciso, el cierre de fronteras está concentrado en los vuelos. En las extensas fronteras terrestres del país todo es, como siempre, un descontrol. Allí, cada día, miles de personas (y mercancías de todo tipo), nacionales o extranjeras, pueden entrar y salir, por derecha o por izquierda. Pero si uno está demasiado lejos y necesita tomar un vuelo, debe esperar su turno en la fila del cupo diario de pasajeros permitidos.

Cupo, cepo, racionamiento, regulación, excepciones. Palabras amadas por el Gobierno mosqueriano.

Si el lector ha llegado hasta aquí, debe tener la certeza de que este escrito no está dirigido al Gobierno mosqueriano, sino a su sombra, a su reverso, a su alimento invisible.

Por lejos, el fútbol es el deporte favorito de los mosquerianos. Una verdadera pasión, como en el resto del mundo. Pero además, Mosquera es una potencia futbolística.

Días atrás, el seleccionado nacional de fútbol masculino ha ganado la Copa Continental. Como siempre, millones de mosquerianos han seguido los partidos con enorme entrega. Entre ellos están los mosquerianos varados, tanto los visibles que no pueden volver al país como los invisibles que no pueden irse por temor a no poder regresar. En ocasiones pasadas, muchos de ellos acompañaron al equipo, contra toda lógica, en diferentes rincones del planeta.

Por “razones de excepción”, los futbolistas mosquerianos sí pueden salir y entrar del país sin inconvenientes. Son privilegiados.

Es un hecho indisimulable que en Mosquera hay ciudadanos de primera y de segunda.

Dentro de los ciudadanos de primera, se destacan los funcionarios que dictan las normas. También son parte de esta categoría los personajes a quienes esos funcionarios temen. Por ejemplo, los futbolistas más populares. Y da toda la impresión de que estos jugadores están muy cómodos perteneciendo a este nivel de ciudadanía adonde las regulaciones no llegan. Tan solo deben callarse la boca. Por suerte para ellos, esto no genera sorpresa. Hasta el día de hoy, nadie se ha quejado ni les ha demandado otro tipo de comportamiento. Quizás se deba a que nadie espera demasiado de alguien que puede jugar a favor de un equipo, o en contra del mismo, dependiendo de cuántos millones de dólares haya sobre la mesa.

Ya terminada la Copa Continental de fútbol, se disputa durante estos días nada menos que los Juegos Olímpicos de Tokio. Un evento retrasado durante un año debido a las medidas restrictivas tomadas con la intención de contener la pandemia.

En Mosquera, las restricciones han sido particularmente severas, tanto para la población general como para los deportistas. Transitar el espacio público o juntarse con otros fue convertido en un delito. Los lugares de entrenamiento fueron cerrados o restringidos. Ir a correr fue prohibido y estigmatizado. Salir a remar, absolutamente solo en el medio del río inmenso, fue motivo de intervención policial. Tenistas tuvieron que entrenar con un colchón, judocas con una mesa, nadadores en piscinas de tres metros de largo.

En parte debido a esas limitaciones de entrenamiento, los resultados mosquerianos en los Juegos son, hasta el momento, muy modestos. Entre los poquísimos seleccionados nacionales que han logrado obtener una medalla podemos mencionar a los de hockey femenino y rugby masculino.

A medida que finalizan su participación en los Juegos, los deportistas mosquerianos descubren que han quedado varados en Japón, producto de las restricciones gubernamentales. Estas alcanzan a todos los deportistas, incluyendo a los medallistas. La situación ha llegado rápidamente a los medios locales.

Indispuesto a crearse un conflicto con los medallistas olímpicos, el Gobierno mosqueriano reacciona. Como en el caso de los futbolistas, habilita excepciones para que puedan regresar. De ese modo, los atletas



olímpicos ascienden a la categoría de ciudadanos de primera. Los aguerridos deportistas, miembros de equipos con apodosos feroces, aceptan este privilegio con aparente beneplácito. Regresan a casa y se callan la boca. Tal vez haya alguno, inclusive, que haya agradecido a los funcionarios por los favores concedidos.

En Mosquera y en cualquier lugar del mundo, este accionar tiene un único nombre: acomodo explícito.

Con cierta decepción, hay que admitir que uno esperaba algo más de los atletas olímpicos, en particular de los seleccionados de hockey y de rugby. Equipos teñidos de una mística especial por su merecida fama de luchadores, construida a partir de una enorme capacidad de trabajo con una marcada limitación de recursos. Una especie de superhéroes mosquerianos, modelos de superación admirables e inspiradores. Tal vez sea por eso que la complicidad silenciosa en el usufructo de un privilegio duela tanto, como también dolería ver a Batman mendigando una migaja ante los oscuros funcionarios de Ciudad Gótica.

Lo expuesto hasta aquí sería una enorme vergüenza para Mosquera, para su deporte y para sus ciudadanos, si no fuera porque existen los Gatitos, el flamante equipo nacional mixto de *clusball*. La edad promedio del equipo es de dieciocho años.

El clusball es un deporte casi desconocido en Mosquera. Junto a otros como el rugby o el skate, ha sido admitido por primera vez en los Juegos Olímpicos.

Los Gatitos dan el salto a la fama al ganar una medalla olímpica de oro. Lo hacen el último día, al filo del cierre de los Juegos, cuando ya todos pensaban que la colecta medallística estaba cerrada. De un día para otro, pasan del desconocimiento más absoluto a la tapa de los diarios. Es ese día cuando los medios los bautizan como los “Gatitos”, en parte debido a su juventud, con una inmediata aceptación por parte del público.

Luego de la emocionante ceremonia donde reciben las medallas, los Gatitos brindan una conferencia de prensa. Antes de aceptar preguntas, la capitana del equipo lee un breve comunicado:

“Nuestra misión en Tokio ha terminado. Como tantos otros miles de mosquerianos, estamos fuera de casa y necesitamos volver. En nuestro caso, alguien decidió otorgarnos el raro privilegio de poder hacerlo antes que los demás, solo porque somos deportistas olímpicos. Pero, ¿acaso un ciudadano

es más importante que otro debido a su profesión? ¿Por qué deberíamos tener la posibilidad de volver antes que otros compatriotas? No queremos ese privilegio. Por lo tanto, nos consideraremos tan varados como los demás y no regresaremos a casa hasta que el último de los mosquerianos también pueda hacerlo.”

“Es desde esa condición de varados lisos y llanos que le demandamos al Gobierno mosqueriano, con la mayor humildad pero con la mayor firmeza, que nos permita volver a casa cuanto antes.”

El impacto en los periodistas es demoledor, como también lo fue la actuación del equipo durante la final olímpica. Los periodistas esperaban una conferencia de prensa jovial, divertida, acorde con el final feliz y la juventud de los flamantes medallistas. De ningún modo esperaban semejante declaración de principios.

La conferencia de prensa natural se transforma por completo. Nadie pregunta por la competencia, ni por las medallas, ni por las carreras deportivas. El eje temático se corre hacia las causas y consecuencias del comunicado de los medallistas. Los periodistas preguntan sobre las motivaciones de la decisión. La capitana contesta con solidez y calma, como si todo fuera demasiado evidente:

“No existe ninguna motivación político-partidaria detrás de esta decisión. Es tan solo el más elemental sentido común. ¿Por qué nosotros deberíamos tener prioridad? ¿Acaso somos mejores que otros mosquerianos? ¿Cuál es el criterio? ¿Nuestra profesión, la “fama”, el “éxito”? ¿Quién se cree con el derecho de determinar esa división ciudadana?”

“Me recuerda al año pasado, cuando la gente no quería dejar entrar a sus propios vecinos a sus departamentos. En particular, recuerdo el caso de los médicos y los enfermeros. Ahora es peor, claro, porque ya ha pasado más de un año. La mayoría de los varados están vacunados. De hecho, por razones de público conocimiento, muchos han viajado al exterior justamente para vacunarse.”

“Lo dicho hasta ahora es un argumento en sí mismo. Pero es importante señalar un agravante. Parte de la financiación de los deportistas olímpicos viene de los ciudadanos que pagan sus impuestos. No del Gobierno, no del Estado. Muchos de esos ciudadanos son forzados a financiarnos con su propio trabajo —y aquí hago una nueva observación:

¿es su trabajo menos importante que el nuestro?—, pero hoy están varados, padeciendo serios problemas por no poder volver a casa. No podemos mirar hacia otro lado.”

Las preguntas de los periodistas evolucionan con naturalidad hacia cómo se tomó la decisión:

“No fue fácil. No hubo un consenso inmediato. Algunos solo querían volver a casa y evitar toda clase de conflicto. No creían que fuera nuestro problema. Y aunque lo fuera, no creían que tuviéramos la fuerza para poder cambiar las cosas. No éramos el equipo de fútbol, ni el de hockey, ni el de rugby. Y ellos, con mucha más fuerza que nosotros, no habían hecho nada, a pesar de estar en la misma situación que nosotros. ¿Por qué nosotros teníamos que hacernos cargo? Admito que el argumento era muy bueno.

“Otros pensábamos distinto. Creíamos que sí era nuestro problema. Solo hacía falta un poco de empatía para ponerse en el lugar de aquellos que, como nosotros mismos hace unos días, no podían volver a casa para reencontrarse con su familia, retomar sus proyectos personales o atender sus rutinas médicas. Mientras tanto, esas personas debían ver por televisión cómo, de manera totalmente arbitraria, se digitaba desde una oficina pública cómo algunos mosquerianos — nosotros — sí podían volver, solo porque eran deportistas. Para no ir más lejos, ahora mismo existen árbitros mosquerianos que participaron en los Juegos y que, por no estar dentro de la categoría de atletas olímpicos, no pueden volver. Están varados. Lo mismo ocurre con algunos deportistas juveniles en Europa, no pueden volver, están varados.”

“Discutimos el tema durante horas, ayer y hoy. Las diferencias parecían insalvables. Para resolverlas, como capitana del equipo, decidí que yo me quedaría en representación de todo el equipo. Y si no lo deseaban de esa forma, me quedaría a título personal, así los demás podrían tener la libertad de volver a casa. A pesar de los desacuerdos parciales, el resto del equipo juzgó inadmisible volver a casa y dejarme sola. Así que los demás decidieron que también se quedarían. Solo me exigieron que fuera yo quien hable ante ustedes [risas]. Ese gesto me llena de orgullo y gratitud [la capitana se quiebra por un instante].”

Agotado el tema de cómo se gestó la decisión, la atención de la prensa se mueve hacia los próximos pasos:

“Esperamos que este varamiento se destrabe lo antes posible. Hasta que eso no ocurra, daremos una conferencia de prensa diaria a esta hora para compartir el estado de situación.”

“Es importante remarcar que solo podremos estar dos días más en este complejo olímpico. Luego, tendremos que encontrar otra solución, como el resto de los mosquerianos varados. Es muy posible que eso nos demande una cantidad de dinero que no tenemos y que esa insolvencia complejise todavía más las cosas.”

“Todo el mundo debe saber que iremos con esto hasta el final. No aceptaremos privilegios de ningún tipo, ni administrativos ni dinerarios, ni públicos ni privados. Por lo tanto, lo más deseable y conveniente sería que esta situación se resuelva cuanto antes para todos por igual.”

Con esas palabras, la capitana del equipo da por finalizada la conferencia de prensa.

En Mosquera, el impacto mediático es estremecedor. La conferencia de prensa se vuelve viral en un par de horas. La televisión se sube a la ola, repitiendo la escena hasta el hartazgo y dedicando horas de análisis desde las más variadas ópticas. Los diarios llevan el tema a la tapa, inclusive como noticia principal (no deja de ser una noticia de fuerte impacto político).

Los mosquerianos están conmovidos. A su cultural carácter pasional y emotivo, se agrega la fragilidad anímica de llevar años con crisis de todo tipo sobre sus espaldas, subproductos episódicos de una decadencia a esta altura estructural. Por si fuera poco, la pandemia y sus consecuencias han sido un golpe que los ha dejado al borde de la rendición. Se ha vuelto muy difícil creer en el futuro. El accionar de los Gatitos es, literalmente, una llama de luz en medio de la oscuridad más inabarcable.

El conflicto no se resuelve de inmediato. En las conferencias de prensa previstas, los Gatitos repasan con tranquilidad y hasta con humor la falta de avances. El tercer día la tensión es mayor, ya que son desalojados del complejo olímpico y deben mudarse a las instalaciones de un club polideportivo japonés. Duermen en la cancha de básquet, como refugiados. Las imágenes prenden fuego las redes, la televisión y los diarios impresos.

Las posiciones dentro del Gobierno mosqueriano están divididas. Algunos creen que ceder a esta altura es una indisimulable muestra de debilidad. Otros creen que el conflicto con los medallistas olímpicos es

insostenible y que cada día que pasa desgasta más al Gobierno, por lo que el mejor curso de acción sería desactivar la disputa de inmediato, antes de que escale y se vuelva inmanejable.

Mientras el Gobierno mosqueriano se desangra en indefiniciones, la prensa lo asedia sin descanso. Los funcionarios se limitan a repetir el libreto oficial: los atletas olímpicos pueden regresar cuando lo deseen. Los medios instalan contadores de horas o días que señalan el tiempo que llevan varados los medallistas olímpicos.

La prensa se vuelca también a conocer la postura del resto de los deportistas mosquerianos. Los equipos de hockey y rugby no tienen más remedio que solidarizarse con los Gatitos y esbozar una sutil autocrítica. Es difícil saber si lo hacen por convicción o porque se trata de felinos encerrados y sin alternativas. Varias horas más tarde, los futbolistas mosquerianos hacen lo propio, siempre a título personal y con palabras de marcado tono neutro.

Con el correr de los días, los Gatitos con problemas personales comienzan a hablar con los medios fuera de las conferencias de prensa. Varios están sin dinero, viviendo de préstamos; otros padecen ataques de pánico, no solo por no poder volver a casa, sino también por la tensión del conflicto y la exposición en los medios; otro tiene a su madre internada; otro necesita continuar con el tratamiento de una lesión; etc. Las imágenes de los jóvenes medallistas, en varios casos llorando por estas cuestiones, son desoladoras.

No es difícil imaginar la creciente furia de los mosquerianos de a pie. Las redes arden durante las veinticuatro horas del día. Los Gatitos son tendencia indiscutible. Un día, sus familiares se juntan en la Plaza Principal para manifestar su reclamo. Al día siguiente, se suman toda clase de deportistas anónimos y familiares de otros varados. Al día siguiente, se suman algunos deportistas famosos. Al día siguiente son miles de personas.

El Gobierno mosqueriano internaliza que la estrategia intransigente es un callejón sin salida. Antes de cumplirse una semana desde la conferencia de prensa inicial, no tiene más remedio que acceder a reabrir las fronteras. Todos los mosquerianos de segunda clase por fin pueden volver a casa.

Ante la buena nueva, los Gatitos brindan una última conferencia de prensa. Es muy breve: se limitan a agradecer el apoyo recibido. Todo lo

demás ya ha sido dicho durante el debate público de los últimos días. Las cámaras los muestran sonrientes dejando la sala.

Cuando llegan a Mosquera, son recibidos como verdaderos héroes, tanto en el aeropuerto como durante todo el recorrido hasta el centro de la Ciudad Capital. Se los ve felices, pero sobre todo sorprendidos. A través de las ventanas del micro, saludan y sacan fotos a la multitud que los ovaciona desde las veredas.

Así, de ese modo tan simple, los Gatitos han hecho su contribución a abrir las fronteras aéreas, políticas y mentales de Mosquera.

# La ansiedad detrás de todo

Mi nombre es Juan Manuel. Mi apellido no voy a develarlo, ya que todavía no estoy preparado para tanta exposición. No me siento orgulloso de mi falta de coraje, pero más importante me resulta poder decir toda la verdad. El lector perspicaz no tendrá dificultades en reconocerme cuando llegue el momento oportuno.

Tengo problemas. “¿Quién no?”, acota alguien para consolarme. A diferencia de la mayoría de los problemas de la gente, los míos no pueden verse a simple vista. “El hombre sin problemas”, me llaman algunas personas. A medida que voy abriéndome, más por necesidad que por deseo, entonces mis problemas emergen y ya no hay forma de ocultarlos. Que queden expuestos no significa que sea fácil comprenderlos. No al menos para los demás.

Más que tener problemas, diría que estoy enfermo. Enfermo de ansiedad.

Si hablo de enfermedad no es para victimizarme, ni para obtener atención, ni para buscar ayuda. Pocas cosas me resultarían tan indeseables como tener decenas de personas encima ofreciéndome consejos. Yo sé lo que me pasa, no es tan complicado. La ansiedad me carcome por dentro y dirige cada uno de mis días. Si hablo de enfermedad, entonces, es para que no queden dudas de la seriedad del asunto.

Luego de conocerme, las personas suelen considerar que soy una persona parsimoniosa, atenta y diplomática. Las más holísticas no tienen dudas de que mis *chakras* están alineados, de que soy budista o por lo menos de que frecuento la meditación. Si no fuera por mi nula capacidad de estiramiento físico, también dirían que practico yoga. Otras personas más categóricas creen simplemente que soy un amargo, un aburrido o un muerto. En una primera aproximación, todas están en lo cierto, aunque no sea budista, ni practique meditación, ni me considere un muerto. Luego de un mayor detenimiento, resulta que todas están equivocadas, pero no porque todas esas cosas no sean ciertas.

Si ellos no pueden ver mi ansiedad no es porque no la tenga, sino porque la tengo amontonada en el fondo, concentrada, como la sangre cuando se retira al estómago después de comer o a la piernas cuando tenemos miedo. De ese modo se va mi ansiedad hacia atrás, al final de mí, para concentrarse en las cuestiones que me resultan esenciales.

Si estoy en reposo, no es porque no quiera hacer nada, sino porque lo poco que quiero hacer no puedo hacerlo todo el día. Si parezco impedido de disfrutar los pequeños momentos, no es porque sea incapaz de hacerlo, sino porque estoy preso de buscar los más grandes. Si no muestro interés en los demás, no es porque sea ingrato, sino porque me distraen. Si parezco una persona pacífica, no es porque no pueda enojarme (puedo, y mucho), sino porque encuentro que casi nada en mi vida lo merece. Si parece que manejo muy bien mis responsabilidades diarias, no significa que las tenga bajo control, sino que no les presto demasiada atención. Es por eso que no siento ninguna clase de ansiedad por el trabajo, ni por la comida, ni por los vecinos. ¿Cómo podrían generarme ansiedad cosas que no me importan? Y, por último, no es que nada me importe, sino que me importan muy pocas cosas pero mucho.

Por eso me cuesta lo cotidiano. Me cuesta remolonear en la cama por la mañana. Me cuestan el mate, el picnic y juntarme en el parque. No, de ninguna modo iría a pasar el día a una quinta. Me cuesta el día de playa, por más blanca y tibia que sea la arena, por más celeste, planchada y calentita que esté el agua. Me cuestan los asados de domingo que duran todo el día. Me cuesta ver un partido de fútbol. Aclaro: me gusta el mar, el asado y el fútbol. Me cuestan las conversaciones largas. Me cuestan los cumpleaños, los bautismos y los casamientos. Me cuesta, de alguna manera, mi propia cultura. Me cuesta lo que no me importa, es decir, casi todo.

¿Y cuáles son las cosas que sí me importan? Lo importante no es cuáles, sino cuántas. ¿Y cuántas son? Son dos o tres, aunque mejor sería una. Pero más importante que cuántas son es por qué me importan. ¿Y por qué? Porque son las que le dan a mi vida algún tipo de significado, las que me permiten sentir que no soy solo una carga para el mundo, las que me permitirán vivir (y morir) en paz cuando sea viejo y esté jugado. Ahí está. Eso es lo que me importa: estar en paz cuando sea viejo y esté jugado. Es en ese problema fundamental donde se concentra mi ansiedad. Pero claro, ¿cómo puede verse esto a simple vista?



Tal vez la única manera de ver mi enfermedad sea, desgraciadamente para todos, pasar una buena cantidad de tiempo conmigo. No sé quién podría tener ganas de semejante cosa. Yo no, claramente, ni conmigo siendo los otros, ni con los demás siendo yo. Pero el hecho objetivo es que de esa forma los eventuales otros no tendrían más remedio que encontrarse con mi enfermedad. Solo sería necesario dedicarme tiempo de estudio, como a un animal en peligro de extinción. Después de todo, ¿cómo podría no verse, de una forma u otra, ese denso núcleo de ansiedad que gobierna mi vida? Sin dudas, tener alguna expectativa sobre mí aceleraría los tiempos. La decepción de esas expectativas son las que más rápido guiarían la comprensión del fenómeno.

En mi propia consideración, la manifestación más clara de mi ansiedad puede verse en mi concentración, en mi persistencia y en mi disciplina. Para los decepcionados, en cambio, puede verse en mi inflexibilidad, en mi egoísmo y en mi tendencia a la autodestrucción. Lo más probable es que todos tengamos razón.

Créanme cuando les digo que detrás de este diplomático funcionario de segunda línea reposa un implacable jefe de la mafia. Soy ni más ni menos que un volcán en reposo. Una quieta, suave y redondeada bomba atómica.

Como pueden ver, mis amigos, estoy enfermo de verdad.

A pesar de semejante deterioro, todavía logro disfrutar de ciertos pequeños momentos. “Después de todo, no estoy tan quemado”, busco alentarme para recrear cierta expectativa de rehabilitación. Por ejemplo, a veces me encuentro con Jorge en el parque y ese imprevisto no me molesta en absoluto. Como de costumbre, él está sentado leyendo. Me invita a sentarme junto a él y me hace lugar en el banco. Yo acepto y charlamos un rato. Casi no lo conozco y, al parecer, su existencia no aporta nada a la solución de mis problemas fundamentales. Me siento muy libre conversando con él, en buena medida porque siento que es fácil para los dos terminar la conversación. Y dejar al otro en paz. A veces sospecho que a él le pasa lo mismo que a mí, que también padece una ansiedad detrás de todo que lo atormenta y que le impide disfrutar de la compañía inesperada. Como mínimo.

Por eso me molesta tanto cuando alguien interrumpe ese frágil momento de presente. En mi caso, sentir semejante molestia por algo tan

pequeño es un síntoma alentador, una brisa de esperanza.

Recuerdo con particular nitidez una de esas interrupciones. Yo estaba repartiendo mis libros en el parque. Me había encontrado con Jorge y, ya sentado, llevaba conversando unos pocos minutos con él. De repente, apareció un señor desconocido. A partir de una observación casi accidental, intervino en nuestra conversación. Ya infiltrado entre nosotros, con un hábil pase de manos retórico, dejó atrás el comentario inicial y comenzó a hilar historias que se remontaban cada vez más atrás en el tiempo. Era un hombre mayor, así que ese viaje al pasado no se terminaba más. Sabía hablar y lo disfrutaba. Modulaba claro y lento. Metía unas pausas reflexivas hermosas, mientras la mirada se le perdía buscando un detalle, como si el pasado estuviera en una porción del parque que daba a mi espalda. No olvidemos que yo estaba enfermo, así que esas pausas me enloquecían. Supongo que las personas normales podrían haber disfrutado de escuchar esas historias, pero además está decir que no era mi caso. “Me muero, me muero, me muero...” era lo único que yo podía repetir en mi cabeza mientras el señor se remontaba con la elegancia de un dirigible a sus interminables memorias. Debía salir de ese lugar, rápido, más que rápido, urgente. Todavía tenía que terminar de repartir mis libros, una tarea que se me representaba infinitamente más fundamental que las historias del señor que no conocía ni quería conocer. Y no era solo eso. Luego de terminar con los libros, tenía que ir a la librería de usados en busca de novedades. Tenía que hacerlo porque quería, porque lo había decidido y porque no estaba dispuesto a cancelarlo por falta de tiempo. Y había todavía más. Luego tenía que ir a comprar milanesas, volver a casa, prepararlas, comerlas e inmediatamente después sentarme a escribir. No podía demorar esta serie de tareas fundamentales — o necesarias para las fundamentales — porque un señor desconocido, que contaba historias interesantes y metía buenas pausas mientras hablaba, se había atrevido a interrumpir la austera conversación con Jorge. ¿Acaso era fácil ver esto desde afuera? ¿Acaso era fácil comprenderlo? ¿Acaso yo tenía ganas de explicarlo y de ser comprendido?

Las respuestas eran no, no y no. Es por eso que, cada año que pasa, mis salidas de ese tipo de situaciones son un poco más bruscas. En el pasado, cuando todavía me interesaba la aceptación social, más por instinto adolescente que por deseo genuino, hubiera esperado a que el señor terminara sus historias, sin importar el tiempo que aquello le hubiera

demandado. Hubiera tolerado con estoicismo romano el doloroso baño de sangre en mi interior. Mi autodiagnóstico hubiera sido el mismo: es un buen ser humano y cuenta buenas historias, con buenas pausas; yo soy el problema. Pero de ese reconocimiento, tal vez por culpa, hubiera inferido un tratamiento equivocado: era mi responsabilidad escuchar su relato hasta el final. Esa era la diferencia fundamental con el presente. Ahora yo era consciente de mi problema, de mi enfermedad, pero de ningún modo asumía que era mi responsabilidad escuchar al señor por causa de ello. En el mejor de los casos, no lo era. En el peor, lo era pero no me importaba. No iba a hacerlo. Y en todo caso, la culpa no era mía, sino de mi enfermedad. Para algo debía servir estar enfermo. Al menos para hacer lo que a uno se le antojara. Por eso ahora, quizás con un poco más de experiencia, apenas percibo que una situación indeseada va para largo, no dudo en interrumpirla de inmediato:

— Disculpen, caballeros, pero debo retirarme. Tengo compromisos impostergables — digo sin mentir. Después de todo, revisar libros viejos o comprar milanesas son impostergables para mí. Mi propia apreciación de lo impostergable es lo único que importa. Es más, todavía me cuestiono por dar — o darme — demasiadas explicaciones. Más digno todavía sería decir la verdad última:

— Señores, me devora la ansiedad detrás de todo, así que si me disculpan voy a retirarme.

Todavía mejor sería:

— Caballeros, me retiro, tengan ustedes muy buenas tardes.

En cualquiera de los casos, sería importante dejar de pensar en el asunto de inmediato. Olvidarlo para siempre.

Algunos fantasearán con la idea de retirarse sin decir ni una palabra. Una hermosa idea literaria sin sustento en la realidad, donde sí es cierto que “lo cortés no quita lo valiente”. Lo mejor es ser breve, honesto y retirarse cuanto antes de los lugares que nos incomodan.

Es por ese motivo que, a pesar de que ya no hay plazos que cumplir<sup>2</sup>, voy a dar este escrito por terminado.

Admito que todavía hay temas que debería tratar con mayor cuidado. Por ejemplo, debería explayarme más sobre mi pasado, época durante la cual mis problemas sin dudas comenzaron a gestarse y la oportunidad de

corregirlos con mayor facilidad se perdió para siempre. O debería indagar con mayor celo en mis relaciones sentimentales, siempre detonadas con transparencia por mi ansiosa despreocupación. O, quizás más importante todavía, debería reflexionar sobre las posibles alternativas de curación para mi enfermedad, en caso de que tal cosa sea posible.

Por otro lado, también podría trabajar en mejorar este escrito. El nudo debería ser más denso y definido, como una nítida cúspide siempre visible en el horizonte, tanto antes como después de haberla transitado. El relato entero merecería contar con una mayor naturalidad y cerrarse con maestría en una hermosa circunferencia. El descenso hacia al final podría ser, sin dudas, más comfortable. Y el desenlace más sorprendente. Podría jugar, de hecho, con la idea de un cierre abrupto debido a mi ansiedad. Pero la realidad es que mi enfermedad me impide tales calidades. Me supera y me impone el final. Ya no puedo destinar más tiempo a estas cuestiones. Le queda al menos la noble virtud de la verdad.

Damas y caballeros, me retiro, tengan ustedes muy buenas tardes.

# Demasiado ruido en la mañana

*Para Silvina, la besaraba.*

Es falso que no haya buenos *hammams* —es decir, baños— en la región que los moldavos llaman Besarabia. La alta burocracia otomana, instalada ahora en Estambul, habla ante todo con liviandad. No hay malicia en sus juicios, sino más bien pereza. Desde la comodidad de los aposentos imperiales, lanzar afirmaciones sobre las nuevas tierras conquistadas es un ejercicio gratuito. Son muy pocos los miembros de la élite que se trasladan hasta los escenarios de la historia para elaborar sus propias conclusiones. Por eso es que la verdad escasea en el corazón del Imperio. Se trata de un peligro emergente que el Sultán tiene el deber de comprender.

Los nuevos Hammams de Akkerman son de los mejores del mundo. Lo digo con la autoridad que me provee haber visitado cada uno de los baños del Imperio. Si alguna vez hubo genuina satisfacción en mi vida, ha sido esta. Además del obvio placer físico, los baños me han regalado un inusual deleite espiritual. Me han enseñado sobre la arquitectura, la historia y la política. Pero sobre todo, me han permitido conocer el alma de los hombres. Por eso, cuando encuentro baños extraordinarios puedo reconocerlos de inmediato.

La identidad del arquitecto de los baños permanece oculta bajo un manto de versiones cruzadas. Los rumores se multiplican con premeditación para asegurar que nadie tenga certezas. A mi modo de ver, ese nudo informativo es la mejor evidencia de que se trata del mismísimo Mimar Sinan. No es tan difícil advertir que su inigualable capacidad se filtra en cada una de las terminaciones arquitectónicas. Pero además, al desmenuzar las relaciones que lo conectan con el poder, se vuelve manifiesto que sus nexos con la Capital no están libres de conflicto con los poderes de este nuevo *sanjak*. Permanecer en el anonimato es, ante todo, una conveniencia.

La arquitectura de los baños se adosa con justicia a la innovadora corriente sinaniana, pero ya dentro de ella no resulta ser tan original. Eso no

tiene por qué ser malo. Las áreas para hombres y mujeres se despliegan simétricas sobre un eje principal que constituye la columna vertebral del edificio. Cada área tiene las salas básicas: *soyunmalık*, *soğukluk* y *sıcaklık*. El área masculina tiene algunas particularidades de diseño. Por ejemplo, una amplia *stoa* se despliega a los caminantes como la plataforma ideal para apreciar —arriba— una hermosa cúpula con decoradas terminaciones.

Los baños integran sin prejuicios la tradición grecorromana. No es un misterio el riguroso estudio de la arquitectura occidental llevado a cabo por Sinan. Si algo admiro de este artista eminente es su coraje intelectual ante todas las ideas existentes. En ese espejo debería mirarse el Sultán —y sus sucesores— para asegurarse de que el Imperio, ahora vasto y multicultural, perdure mil años.

Entre las adquisiciones del Oeste, se destaca la Gran Alberca. Es redonda, tiene unos diez *arşins* de diámetro y unos dos de profundidad. Desconozco los materiales de las apoyaturas, pero puedo asegurar que resulta muy cómodo reposar en ellas. El agua tiene el *calor de los hombres*, una temperatura por demás placentera en invierno. Durante el verano, la alberca también es fuente de dicha. En este caso, para librarse del sudor y del polvo, pero sobre todo para purificarse de cara a la jornada naciente. Si el calor es muy cruel, algunos visitamos los baños por la noche, aunque eso signifique pasar por alto algunas reglamentaciones. Años de lealtad a los baños y a sus autoridades habilitan ciertos privilegios.

Siento que somos muy afortunados de tener inviernos y veranos. Grande es Alá por habernos regalado las dos estaciones. Y por habernos abierto la puerta a la siguiente verdad: no hay placeres inmunes al paso del tiempo. La rotación, la transformación o la evolución del goce es el secreto de un placer superior, más incondicional y perenne.

Por la tarde, los baños están repletos. Solo hombres demasiado sociales o insatisfechos pueden encontrar alguna clase de reparación al sumergirse en una plaza tan concurrida. Debo aclarar que el rechazo no me impide la comprensión. Me consta que grandes amistades se han forjado en esos multitudinarios baños vespertinos. Puedo inclusive admirar que, bajo esas condiciones para mí desagradables, lo han hecho mientras cultivaban la higiene.

El ambiente desembarazado de los baños permite a los hombres encontrarse con facilidad y, con el hábito adquirido, conocerse y

profundizar sus relaciones. La confianza es un activo invaluable en el mundo otomano. La juventud del Imperio y la debilidad de sus instituciones refuerzan la importancia de poder recostarnos en el otro. No miento cuando digo que nuestro mundo depende, en este instante, de una delicada trama de lealtades personales.

No es de extrañar que la sociabilidad de los baños sea tierra fértil para la política. Se monta con natural predestinación sobre la base del encuentro social. Tiempo, relajación e intimidad son condiciones fructíferas que no siempre vienen de la mano. El debate de los asuntos públicos, el comercio de influencias o las intrigas palaciegas son tan corrientes allí como lo es el vapor caliente.

A primera hora, los baños están casi desiertos. Ese es mi momento. Amo la tranquilidad del amanecer, cuando la brisa es fresca y tiene olor a limpio. Amo cuando los primeros rayos del sol son casi blancos y se descargan oblicuos sobre los árboles. Amo ese silencio verdadero atravesado solo por la algarabía de las aves. En definitiva, amo esa porción del día cuando el futuro está abierto y todo puede salir bien.

Las personas que asistimos tan temprano a los baños tenemos un carácter especial. Podríamos decir que somos reservados o intolerantes. En mi caso, no tengo más remedio que aceptar que pertenezco a ambos grupos.

Por la mañana, ocurre en los baños lo mismo que durante la tarde, pero de otro modo. Sí, claro que forjamos relaciones, personales y políticas, pero lo hacemos sin el obstáculo de las palabras. Un silencio, un gesto o una respuesta precisa suelen ser más concluyentes. Sin distracciones retóricas, las esencias se manifiestan mucho antes. Y eso significa valiosísimo tiempo. De ese modo, en cuestión de días logramos conocernos con una gran profundidad.

Es por eso que la irrupción de Murad, uno de los hijos del Sultán y potencial aspirante al trono, nos produjo tanta irritación. Llegó por primera vez a los baños a media mañana. Advertimos su presencia antes de que hubiera entrado al edificio. Hablaba muy alto y con gran innecesidad. Desde la pacífica alberca, inmóviles y sin necesidad de tenerlo ante nuestros ojos, pudimos saber con precisión sobre su ingreso y su avance a través de las salas.

La presencia de Murad no nos tomó por sorpresa. Estábamos al tanto de su llegada a la ciudad. Había comenzado a asistir a los baños por la tarde, en un ambiente mucho más natural para sus formas bruscas y redundantes. Sabíamos que su ingreso brutal, altanero, había concitado un rechazo general entre los presentes, aun cuando estos se movían con particular comodidad en los remolinos hipócritas del poder. No llegaron a expulsarlo de manera abierta, pero fueron lo suficientemente expresivos como para que el hijo del Sultán, a pesar de sus limitaciones, comprendiera con cabalidad que no era bienvenido. Solo era cuestión de horas para que lo tuviéramos, de mañana, entre nosotros.

Las intenciones de Murad también eran conocidas. Aspiraba a asumir el liderazgo de esta región del Imperio. Al parecer, la aceptación del hijo del Sultán no era amplia en la Capital y el príncipe había decidido poner a prueba su valía, dejando de lado la comodidad cortesana. Además, se había propuesto hacerlo por sus propios méritos, sin abusar del privilegio de su ascendencia real. Hasta aquí, loable.

El porqué Murad había elegido esta región del Imperio no estaba del todo claro. Los más creyentes sostenían que el hijo del Sultán evaluaba el territorio recién conquistado como libre de jerarquías establecidas; por otro lado, lo entusiasmaba la perspectiva de nuevas tierras y riquezas hacia el Norte, en la región que los moldavos llaman Rus. Los escépticos menospreciaban esa hipótesis y, en cambio, aseguraban en tono burlón que los criterios del príncipe se reducían a su gusto personal por las *mujeres del norte*.

Mi relación con el Sultán era nula. Nada nos debíamos. Tal vez supiera de mi existencia, pero de ningún modo había familiaridad. Yo no era tan importante, no todavía. Había llegado a ser quien era sin su favor y de igual modo alcanzaría mi destino. En pocas palabras, no tenía interés, animosidad o especulación especial contra el Sultán ni contra su hijo. Aseveraciones equivalentes podían ser hechas, sin temor, sobre los otros bañistas matutinos.

Lo que quiero decir es que el malestar con Murad era puramente circunstancial. Nuestra animadversión hacia él hubiera sido la misma con cualquier otra persona que se hubiera presentado del mismo modo ante nosotros.



Con las visitas matinales de Murad a los baños, la tensión en la alberca se hizo evidente. Las miradas se volvieron intolerantes. Los suspiros impacientes se multiplicaron. Los movimientos bruscos, producto del fastidio, corrompieron mucho más de lo habitual el espejo de agua de la alberca. Solo un completo ciego —como el príncipe— no lo hubiera comprendido.

Por desgracia para todos, nuestra escasa receptividad no desalentó las aspiraciones de Murad. Al contrario. Tal vez creyó que sus esfuerzos no eran suficientes. Preso de un diagnóstico equivocado, el príncipe intentó la amistad con creciente determinación. Mientras se dirigía al abismo, nuestras miradas silenciosas se volvían cada vez menos ambiguas.

Su último día, Murad entró a los baños más decidido que nunca. Lo escuchamos cantar en la entrada y avanzar rápidamente hasta nuestra sala. Nos saludó a viva voz y se sumergió en la alberca con un pequeño salto, salpicándonos. Como de costumbre, no tuvo eco al mencionar que esa mañana el agua estaba más caliente. Casi no podía vernos por el vapor.

En medio de la humedad neblinosa, dos figuras jóvenes tomaron con fuerza a Murad de los brazos y la nuca. Ya bien sujetado, lo hundieron con fuerza en el centro de la alberca. Los chapoteos se oyeron como suave música sin la voz del príncipe vibrando en el vapor.

Los testigos de la escena casi ignoramos el espectáculo. Diría que elegimos disfrutar el agua particularmente caliente como quien disfruta de una luna demasiado llena. En el más explícito de los casos —lo llamaría un error— intercambiamos una mínima mirada aprobatoria.

Los forcejeos cesaron. El querido silencio por fin había regresado. Con destacable oficio, los verdugos arrastraron el cuerpo sin vida de Murad fuera de la alberca y, luego, fuera de la sala.

Ninguno de los testigos mencionó —ni mencionará— alguno de estos acontecimientos. Tampoco los bañistas de la tarde mostraron interés por la súbita desaparición de Murad. De hecho, nadie en la ciudad ha vuelto a hablar de él. Gracias al deliberado silencio de diplomáticos y viajeros, sabemos que ni siquiera el Sultán volvió a preguntar por su hijo en los palacios imperiales de la Capital.

# Consultoría de imagen para San La Muerte

Cuando la voz del otro lado de la línea me dijo que se trataba del “mismísimo” San La Muerte no supe qué pensar. Yo no pasaba por un buen momento personal y cuestioné la objetividad de mi desconcierto. Lo primero que me pregunté fue quién se hacía llamar de esa forma. Hice una búsqueda rápida en Internet para descartar posibilidades y me sorprendió encontrar miles de resultados.

*“San La Muerte es una entidad venerada en la antigua región guaranítica de América del Sur, principalmente en territorios de los actuales Paraguay, noreste de Argentina (principalmente en la provincia de Corrientes y en menor medida en Misiones, Chaco, Formosa) y al sur de Brasil (Paraná, Santa Catarina, Río Grande del Sur). Su representación consiste en un esqueleto vestido de negro con una guadaña en su mano derecha.”*

Escuché con atención la voz parsimoniosa de San La Muerte. Lo hice con desconfianza, pero sobre todo con cansancio, ya que mi resignación general era todavía más grande. El santo requería de mis servicios de consultoría en imagen. Se proponía contrarrestar “el imparable avance del Gauchito Gil y otros *players*” que invadían su “territorio” en el noreste argentino y le generaban una innumerable cantidad de problemas. Pero eso no era todo. “La batalla” se libraba también en el “nuevo mercado” del Gran Buenos Aires, donde el culto a su esquelética entidad se había expandido a velocidades *caniggianas* de la mano de las migraciones internas y el descontrol general de la Argentina. “Toda desgracia encierra una oportunidad, solo hay que estar preparado para aprovecharla”, me dijo en clave de moraleja. En resumen, el objetivo “de corto” consistía en asegurar su “posición” en esas dos “plazas”.

A mí me costaba reaccionar. La extraña situación me había puesto en alerta, un estado que no había experimentado durante meses. Mientras yo

apoyaba tres dedos sobre la frente y el codo sobre la mesa, San La Muerte continuaba desgranando su visión de mercado. Había también un objetivo “de mediano”. A pesar de su perfil renegado y mortuorio, confesó que aspiraba a ser “adquirido” por la Iglesia Católica en “un plazo no mayor a cuatro años”. Desde “las filas de esa escudería”, me explicó, su vida daría un vuelco irreversible. Su día a día se simplificaría y su expansión internacional estaría garantizada. “Quiero jugar en primera”, sintetizó el concepto un poco más tarde. “Estoy cansado del polvo, el calor y las cárceles. Basta de ofrendas de cigarrillos, cerveza y balas. Me siento preparado para ‘dar el salto’ al Vaticano. Política, poder, oro. Quiero ir a por todo.”

Un pequeño silencio se adueñó de la línea. Percibí un San La Muerte distraído, sorprendido por las mágicas pero peligrosas imágenes del ensueño. No pasó más de un segundo antes de que recuperara la solemnidad. Ya dentro del “colectivo católico”, me dijo, podría encarar su objetivo “de largo”: llegar a China. Justificó ese proyecto utilizando un rico bagaje de cifras históricas, demográficas y económicas, luego de ponderar los esfuerzos que la Iglesia Católica estaba realizando para “acceder al mercado asiático”. Quizás como forma de apuntalar la seriedad de su iniciativa, me informó que esa misma semana había comenzado a estudiar chino. “Es un idioma fascinante y la profesora es muy capaz”, se permitió la digresión.

San La Muerte contaba con inesperados conocimientos de *marketing*. Hablaba con naturalidad de *targets*, *market shares*, posicionamiento, estrategias y campañas. Al otro lado del teléfono, yo lo imaginaba barajando tablas, gráficos y planillas de cálculo en su escritorio de trabajo. “Años de estudio”, aclaró sin que le preguntara. Según su opinión, la mayoría de “los venerados” terminaban por desaparecer, víctimas de “la autocomplacencia y la haraganería”. Definió a sus colegas como “inseguros y/o adictos a sus seguidores”. En cambio, él mismo se percibía como “trabajador y ambicioso”.

“Hola, hola...”, dijo San La Muerte. Yo estaba aturdido, mudo. Durante largos minutos no había emitido palabra. Busqué recuperarme con el auxilio de mi profesionalismo. Dije algunas vaguedades para recuperar algo de oxígeno mental. Luego le pregunté si realmente creía que la Iglesia Católica estaba dispuesta a “sumar a su plantel” un perfil “tan disidente”

como el suyo. Con sumo cuidado, añadí que la Iglesia solía preferir angelitos de alas blancas en lugar de calaveras vengativas. “Soy optimista, siempre que hagamos un buen trabajo”, se mostró confiado, aprovechando la ocasión para asignarme una innegable responsabilidad en el resultado. Un instante después agregó las impactantes palabras de Deng Xiaoping: “No importa si el gato es blanco o negro, lo importante es que pueda cazar ratones”.

Si uno lo pensaba con objetividad, la visión mercantilista de San La Muerte no era tan extravagante. Casi todas las religiones se habían convertido, antes o después, de una manera u otra, en empresas buscando ampliar su negocio. Desde la Iglesia Católica de antaño, con su venta de perdones para entrar al cielo, hasta las iglesias evangélicas de nuestros días, con sus canales de televisión y sus edificios custodiados. Sin embargo, era una facilidad del pensamiento limitar las culpas a las religiones. No eran las únicas que se habían volcado a la implacable lógica del mercado. La mayoría de los deportistas estaban dispuestos a representar a cualquier equipo o país, con la única condición de que pagaran mejor. Los políticos, supuestos servidores del bien público, defendían con su vida ideas opuestas a las de ayer si eso significaba un puñado extra de poder. Hasta los mismísimos artistas, supuestos reservorios de humanidad y criterios alternativos, vendían desesperados su obra o hasta a sí mismos por una migaja.

Aceptar el trabajo no fue fácil. De acuerdo a mis apuradas lecturas antes de tomar una decisión, San La Muerte era famoso por desplegar su capacidad de daño entre aquellos señalados por sus seguidores. Polémico. Pero además era famoso por dañar a quienes no cumplían con sus promesas o a quienes robaban sus ofrendas, algo en primer lugar entendible, sobre todo cuando uno pensaba en nuestros gobernantes.

San La Muerte había sido muy enfático en exigir una promesa de resultados, en atarme a su lógica de relacionamiento con los demás. De hecho, me pidió además que esa garantía quedara plasmada por escrito como parte del documento formal del presupuesto. Yo confiaba en mi solvencia profesional, pero era un hecho objetivo que exponerse a la insatisfacción de alguien llamado “San La Muerte” no parecía ser la decisión más inteligente del mundo.

Nunca supe si San La Muerte lo sabía al momento de contactarme, pero yo atravesaba un período de mucha oscuridad. Estaba deprimido. El sinsentido de la vida, y de mi vida, se me había tornado insoportable. Morir no me parecía una idea del todo mala. Y hacerlo a manos de San La Muerte emergía como una enorme oportunidad. Una muerte llena de dignidad. No moriría tomando un frasco de pastillas compradas en una farmacia de mala muerte, ni pegándome un tiro imperfecto con la mano temblorosa, ni arrojándome de un piso diez luego de vacilar durante una hora. No, moriría “injustamente” bajo la guadaña insaciable de San Justo Severo Nuestro Señor de la Buena Muerte, Majestad Implacable de los Mundos Guaraníes.

Quizás atraído por la cornisa que me acercaba al espectáculo visceral de la muerte, acepté el trabajo. Durante las semanas que siguieron me aboqué a un extenso proceso de aprendizaje sobre San La Muerte. Me adentré en sus orígenes, su trayectoria y sus seguidores. Profundicé también sobre sus fortalezas y debilidades, sobre las oportunidades que se le abrían al santo y sobre las amenazas que se cernían sobre su figura. Estudié a sus competidores e identifiqué los posibles escenarios de su evolución. En resumen, hice un exhaustivo trabajo de análisis y propuestas que dieron lugar, sin buscarlo, a uno de los más completos trabajos formales realizados sobre el santo.

Las reuniones fueron telefónicas. San La Muerte no deseaba que su “aparición calavérica” perturbara nuestros eventuales encuentros personales. Además, apersonarse en un lugar “humano” le hubiera significado ejecutar un “costoso trabajo de mimetismo” que prefería evitar. El trabajo remoto le resultaba más práctico y conveniente. Confesó “odiar” las reuniones personales, por lo general innecesarias e improductivas, sobre todo cuando había más de dos “entidades” presentes. Prefería la comodidad de su hogar y de los “ropajes de entrecasa”.

A lo largo del proceso, San La Muerte demostró metodismo y disciplina, en línea con la autopercepción que me había sugerido en nuestra primera conversación telefónica. Con paciencia, me explicó una y otra vez los detalles más pequeños que podían ser de utilidad para el diseño de nuestra estrategia expansiva de mercado. Tomó nota de cada una de mis recomendaciones y nunca regresó a las reuniones sin cumplir las tareas a su cargo. Además, pagó siempre en tiempo y forma. Sin dudas, su desenvolvimiento como cliente fue ejemplar.

Por el lado de las demandas, San La Muerte también fue muy puntilloso. Antes de comenzar con el trabajo, me exigió la firma de un contrato de confidencialidad. Bajo ningún punto de vista nuestro trabajo conjunto, ni siquiera en porciones parciales, debía darse a conocer. Si hoy rompo esa cláusula se debe a un simple motivo que se comprenderá pronto.

El informe final es un trabajo técnico y extenso. Si bien no lo incluiré como parte de este relato, sí lo publicaré por separado y cualquiera podrá encontrarlo buscando en Internet. Lo haré en el mismo momento en que publique estas líneas. A continuación, tan solo comentaré algunos pasajes destacados de nuestro trabajo conjunto:

### Nombre

*“Además de San La Muerte se le llama: Señor de la Garchada, Señor de la Paciencia, San Justo Nuestro Señor de la Buena Muerte, Nuestro Señor de Dios y la Muerte, San Esqueleto, Ayucaba, Señor que Todo lo Puede (particularmente en Formosa), San Severo de la Muerte (especialmente en Corrientes y en Formosa), o — a veces por temor — solamente San o El Santito.”*

El nombre “San La Muerte” producía una impresión muy fuerte, especialmente entre quienes preferían no pensar en el final definitivo, en una vida desperdiciada o en el infierno, tal vez tres formas de referirse a lo mismo. Por supuesto, toda intensidad tenía también su lado positivo y generaba cierto nivel de curiosidad o, más aún, magnetismo.

La mera existencia de sus diversos nombres era un punto positivo para todos ellos. Siempre debíamos dar crédito a todo aquello que existe y que se ha impuesto al ineludible paso del tiempo. Solo los nombres malos no habían sobrevivido y por eso no los conocíamos. Eso no significaba abandonar nuestro trabajo, es decir, la realización de un breve estudio de ellos y la eventual elección de uno para darle un mayor impulso estratégico.

“San” debía ser descartado, por ser muy genérico, al igual que “El Santito”, por ser demasiado tierno y meloso. De ningún modo estábamos aquí para convertir a San La Muerte en un *mish mish* durmiente sobre una nube pequeña, mullida y blanca.

“Señor de la Paciencia”, “Nuestro Señor de Dios y la Muerte”, “Señor que Todo lo Puede” y “San Justo Nuestro Señor de la Buena Muerte” sonaban demasiado cristianos. Esto podía ser una buena noticia en función del objetivo de “ser adquirido” por la Iglesia Católica, pero al mismo tiempo suavizaba la fuerza diferenciadora que mi cliente ya tenía a su favor. En algún punto, esa potencia alternativa era lo que lo había traído a esta posición de relativa y creciente vigencia. No me parecía sabio abandonarla sin una profunda reflexión al respecto. A su vez, el caso puntual de “San Justo Nuestro Señor de la Buena Muerte” tenía la capacidad de trasladarnos mentalmente a la ciudad conurbana del partido de La Matanza. Este reflejo presentaba claroscuros adicionales. Por un lado, implicaba un segundo nivel de distracción que se agregaba al condimento cristiano de “Nuestro Señor de la Buena”. La idea de muerte corría el riesgo de quedar demasiado diluida, a menos que esa fuera la intención. El nombre era tan largo y variado en sus significantes que entrañaba el peligro de hacernos olvidar de quién estábamos hablando.

A la hora de analizar el siguiente nombre, exigí a San La Muerte una aclaración. En un tono que parecía de disculpa, me confirmó que efectivamente en algunos pasajes remotos del Norte lo llamaban “Señor de la Garchada”, aunque no podía explicarme por qué. “No sé qué decir”, redondeó su desconocimiento que parecía genuino. Proseguí con el análisis. Si bien ese nombre podía tener una excelente llegada al público joven, tendría como necesaria contrapartida el espanto de las señoras de cierta edad y posición, un público apetecible en lo inmediato aunque de difícil seducción. En todo caso, la posibilidad de impulsar este nombre debía someterse a un exhaustivo análisis de “retorno de la inversión”. Si el cliente estaba dispuesto a apostar por el largo plazo, yo le asignaba a este nombre con fuerte olor a sexo un futuro promisorio.

“San Severo de la Muerte” no me disgustaba en absoluto. Proveía al santo de un fuerte empujón de identidad, de jerarquía extra, como le ocurría también a quienes se llamaban Augusto, Facundo o Máximo. Dicho de otra forma: cualquier persona llamada Severo merecía, por adelantado, una cuota adicional de nuestro respeto. Muy diferente resultaba la cuestión si el nombre era “San Cecilio de la Muerte”, “San Benito de la Muerte” o “San Kevin de la Muerte”. Mi cliente se mostró muy de acuerdo con este postulado.

Como una alternativa adicional, sugerí la sencilla posibilidad de “Sanla”. Si bien carecía del respaldo de la historia, este nuevo nombre aportaba cierta familiaridad y evitaba tener que nombrar la palabra maldita. De este modo, cualquier devoto seguidor podía dirigirse a él de un modo como el siguiente: “Sanla, amigo, mañana habrá balacera, así que te pido que me protejas”. No sé si alguien tendría el coraje de hacer el mismo pedido a “San Severo de la Muerte”. Similares consideraciones me merecían los nombres de “Ayucaba” o, simplemente, “Ayu”.

La decisión final, como siempre, quedaba en manos del cliente. San La Muerte me prometió que reflexionaría sobre la cuestión.

### Atributos

*“La representación esencial de San La Muerte consiste en un esqueleto humano, por lo general de pie, que porta una guadaña a veces ensangrentada. La vestimenta suele ser negra, aunque puede incluir porciones de rojo. La sonrisa, sugestiva, y los ojos, rojos.”*

La figura esquelética no resultaba menos fuerte que la simbología utilizada por muchos rockeros, *punkies* y otras tribus perdidas. Pero ante todo, desde una perspectiva de marketing estratégico, era una imagen consistente con el nombre de San La Muerte. La historia del santo, confirmada por él mismo, también hacía su contribución a la solidez conceptual: un viejo monje jesuita que ayudaba a los humildes, encerrado hasta la inanición por las autoridades, fusionado con los rituales guaraníes que veneraban los huesos de sus antepasados.

Parte del impacto que generaba el esqueleto de mirada amenazante se veía atenuado por sus ropajes amplios y muchas veces — digámoslo — atractivos. Más que abandonar la figura esquelética, el camino inteligente consistía en trabajar sobre el estilo y buen gusto de la vestimenta, partiendo de la base del hábito jesuítico. De este modo, siempre se podían incorporar de un modo dinámico las tendencias de la moda contemporánea y local. También podían considerarse variantes al estilo sacerdotal, como capas, togas y/o salidas de baño. En momentos de crisis sanitaria, San La Muerte se sumaría al uso de tapabocas — de diseño, claro — , con la triple intención de humanizar aún más su rostro, resaltar la potencia de sus ojos



rojos y ganar reputación sumándose a las campañas públicas con un mensaje de responsabilidad colectiva.

La guadaña, encima ensangrentada, parecía un gesto de autoafirmación tal vez excesivo. No olvidemos que se trataba de una herramienta de trabajo. Tenía su origen en la cercanía del primer San La Muerte con el pueblo indígena que araba la tierra de las misiones, algo ante todo positivo para la imagen del santo. Por lo tanto, lo más conveniente era sostener la ambigüedad de la guadaña como elemento misterioso y amenazante, aunque justificado en un pasado labrador. La sangre, entonces, quedaba desaconsejada.

Los ojos rojos compartían color con la sangre, las amapolas y los tomates maduros. El color de la pasión, la venganza y la muerte. Tonalidad ideal para romper la monotonía de los huesos blancos, la vestimenta negra y la guadaña gris. Sumado a una mirada inframundana, generaba en el interlocutor la necesidad de respeto, cuando no de temor. Aprobado.

El drama de los ojos rojos, los huesos y la guadaña parecían ser suficientes como para, además, no sonreír. Por eso estaba bien que San La Muerte sonriera. De hecho, ese gesto reforzaba la proyección de confianza, poder y ambivalencia.

Cuando terminé mi exposición sobre el tema, San La Muerte rió como contenido. “Extraordinario, me gustó mucho eso de la salida de baño”, dijo.

### Comportamiento

*“San La Muerte ayuda a resolver problemas personales relacionados con el amor, la salud y el dinero. También protege del mal de ojo, de la práctica de brujería y de las contrariedades del juego. Interviene también en temas relacionados al crimen y la violencia. Por ejemplo, puede hacer daño a los enemigos de sus ofrendantes hasta con la muerte, puede ayudar a evitar la prisión o reducir las penas de los ya encarcelados y, por otro lado, puede ayudar a recuperar objetos robados.”*

Las ayudas en temas de amor, salud y dinero resultaban a esta altura un *commodity* de escasa valía. Cualquier santo de cuarta categoría podía — o decía poder — ofrecerlas. Estábamos hablando de un mercachifle

saturado: la oferta era excesiva y la competencia despiadada. Un espacio de riña feroz donde la diferenciación y el agregado de valor se presentaban como desafíos demasiado complejos.

En cambio, mucho más potente resultaba el mercado de la venganza, el crimen y la violencia, realidades por lo general desatendidas y en franco crecimiento. Especialmente en Argentina, ese terruño descarrilado que las promovía con su infinita decadencia, con su interminable capacidad de excluir. El contexto latinoamericano no ofrecía mejores realidades, aunque a partir de una historia diferente. Las posibilidades de San La Muerte en la región parecían inagotables.

La mayoría de los santos ignoraba el mundo de la crueldad, el delito y el terror, a menos que fuera para condenarlo desde el confort de un pedestal en el interior de una iglesia. ¡Qué fácil resultaba regir el pensamiento desde la idea del pecado! ¡Qué tentador era mirar el mundo en blanco sobre negro! ¡Tan simple resultaba discernir lo bueno de lo malo cuando se lo hacía desde el candor de un mármol bien pintado! Pero pocos eran quienes descendían al barro, al polvo y al sudor para comprender, para tolerar, para dar una mano sin sermones. Uno de ellos, señoras y señores, era San La Muerte. “¡Claro que sí!”, exclamó San La Muerte, tal vez conmovido. Esa reacción me alentó a continuar mi presentación dentro de esa línea de inesperado tono emotivo.

Era imprescindible advertir que el controvertido mundo de los condenados podía emerger como un claro ámbito de colaboración con la Iglesia Católica. Decía Jesús, mientras muchos santos y “hombres del Señor” lo olvidaban: “Que tire la primera piedra quien esté libre de pecado”. Decía también: “No son los sanos los que necesitan del médico, sino los enfermos... Yo no he venido a llamar a los justos, sino a los pecadores”. Decía por último: “No juzguen para no ser juzgados. Porque con el juicio con que juzguen se les juzgará, y con la vara con que midan se les medirá. ¿Cómo es que miras la brizna que hay en el ojo de tu hermano y no reparas en la viga que hay en tu ojo?”. Jesús era generoso, claro, pero siempre demandaba el arrepentimiento como condición para acceder al camino de la redención. ¿Pero acaso no había justicia, muchas veces, detrás de un pecado? ¿No había derecho, casi necesidad diría, detrás de ciertos castigos, de ciertas represalias, de ciertos ajustes de cuentas? ¿Y no era entendible que simples mortales carecieran de la sofisticada grandeza de

“Jesucristo, el Hijo de Dios” como para ofrecer la otra mejilla? Tal vez el destino de San La Muerte consistía en convertirse en “El Comprensivo”, “El Incondicional” o “El Basurero”, el encargado de realizar el “sucio” trabajo de comprender a los pecadores que no podían arrepentirse, es decir, el responsable de realizar lo que por decoro o por manual de marca no podíamos exigirle al “Hijo del Hombre, Cordero de Dios, Rey de reyes y Señor de señores, Primogénito de toda creación, Alfa y Omega, Verbo de Vida, Autor y Consumador de nuestra Fe, Roca, Resurrección y Vid Verdadera”.

“Una pequeña basura entró en mi ojo rojo”, dijo San La Muerte. “Debo ir al baño antes de seguir con el próximo tema”.

## Rituales

*“A pesar de la condena de la Iglesia Católica, los seguidores de San La Muerte lo integran sin inconvenientes como un santo más a su práctica católica. Existen oraciones, rituales y ofrendas. Las oraciones son múltiples, a menudo divididas por tema, y tienen un innegable formato cristiano. La interacción con San La Muerte es directa a través de estatuillas del santo o por medio de brujos y curanderos. Entre las ofrendas se destacan las velas, las bebidas alcohólicas y hasta la propia sangre. A cambio, los devotos no piden favores sino que los exigen.”*

La influencia de la Iglesia Católica en las oraciones a San La Muerte representaba una gran oportunidad de integrarse a “esa escuadra” de manera oficial. Sin dudas, esto ayudaría a que los rezos existentes fueran adoptados con mayor facilidad por la personas ya fidelizadas por el catolicismo. Un ejemplo de oración podía ser el siguiente: “Señor San La Muerte, espíritu esquelético poderosísimo y fuerte como un Sansón, en tu majestad indispensable en los momentos de peligro yo te invoco seguro de tu bondad. Ruega a nuestro Dios Todopoderoso que me conceda todo lo que le pido, que se arrepienta para toda la vida el que daño o mal de ojo me hizo y que se vuelva contra él enseguida. Para aquel que en el amor me engaña pido que lo hagas volver a mí y si desoye tu voz extraña, Buen Espíritu de la Buena Muerte, hazle sentir el poder de tu guadaña. En el juego y en los negocios, mi abogado te nombro y a todo aquel que contra mí se viene

hazlo perdedor por siempre. Oh, San La Muerte, mi ángel protector. Amén.”

Las estatuillas de San La Muerte tenían un tamaño pequeño (de allí venía el nombre “Pequeño Santo” o “Santito”). Los materiales más utilizados eran madera, hueso o metal. En el caso de la madera, los poderes de la representación eran mayores si provenían de un ataúd que contuviera un muerto o del crucifijo de un fallecido reciente, especialmente si el material era tomado de la escena con las propias manos. En el caso del hueso, los poderes aumentaban si pertenecían a la falange de un dedo meñique o a un bebé recién fallecido, con la misma lógica de mayor poder si eran tomados de manera directa. Tremendo. Por último, le dije a San La Muerte: “Cito textual: en el caso del metal, era máximo el poder del amuleto si provenía de una bala, y mucho mejor si esta era disparada y hería o mataba a un cristiano”. Hubo un corto e incómodo silencio del otro lado de la línea. San La Muerte tardó un instante en interpretar que yo le estaba pidiendo explicaciones. Confirmó que la información era verdadera, él estaba al tanto de todo, pero de ningún modo había creado o promovido esa clase de recomendaciones. “La creatividad del pueblo carece de límites. No hay más que contemplar mi caso.” Di por buena su explicación, aunque lo alerté sobre la imprescindible necesidad de tomar cartas en el asunto. Era una cuestión diplomática de lo más básica. Si aspirábamos a ingresar en la Iglesia Católica, no podíamos tolerar con pasividad la valoración de muertes cristianas. En todo caso, podíamos hablar de “pecadores” o algo por lo menos discutible. San La Muerte se manifestó “muy de acuerdo” y tomó algunas notas, según pude escuchar su teclado del otro lado de la línea.

Había más. Algunas representaciones de San La Muerte eran de tamaño micro y se insertaban bajo la piel. Algunos decidían ir un poco más allá y se tatuaban la piel. Se supone que estas formas de veneración, por intensas, proveían una protección especial contra la muerte y los daños corporales.

La existencia de brujos y curanderos representaba una excelente noticia. Constituía una sólida base para sistematizar la metodología y convertirla en un ambicioso plan de promoción “multinivel”, a veces llamado también “piramidal” o “por catálogo”. Una exitosa implementación de este sistema nos potenciaba con una perspectiva exponencial. Tan solo

era necesario estructurar una serie de incentivos para promover la creación recurrente y jerarquizada de “intermediarios” que fueran construyendo — por mérito mismo del sistema — lo que humildemente yo proponía llamar la “Cascada Triangular de la Muerte”, un sistema por medio del cual un “intermediario” tenía los estímulos necesarios como para reclutar nuevos intermediarios, que a su vez también contaban con los mismos estímulos, etc.

Para dar soporte a la Cascada era muy recomendable contar con un equipo profesionalizado de prensa que ayudara a gestionar la imagen de San La Muerte en los grandes medios y, con celo especial, en Internet. Esto incluía el soporte a quienes estuvieran investigando al santo, la provisión de información detallada (precisiones, textos, material multimedia), la defensa pública virtual del santo en las redes sociales, la gestión integral publicitaria, etc. La publicidad debía ser del formato no tradicional (“PNT”), ya que de otro modo expondríamos al cliente a títulos periodísticos como “Polémico santo invierte millones en publicidad hipersegmentada”. Una PNT podía consistir, por ejemplo, en contratar escritores de poca monta, comprobables, que accedieran a incluir información sobre San La Muerte en sus relatos bajo la apariencia de ocurrentes historias.

### Fin del trabajo

San La Muerte juró por sí mismo haber quedado “por demás complacido” con los resultados de mi trabajo. Debido a razones “de máxima privacidad”, me aseguró que no era el momento oportuno para implementar estos cambios, pero que lo haría tan pronto como “la nueva era” se pusiera en marcha.

Mis sentimientos, en cambio, fueron de decepción. Acaso mi depresión se había ilusionado con la posibilidad de un final grandilocuente — “a manos de San La Muerte” — y sobre todo cómodo, que me evitara el patético esfuerzo de tener que cortarme las venas. Para remediar ese fracasado final, que cualquiera hubiera considerado un éxito, es que hoy publico esta información confidencial.

# Una mancha circular amarilla sobre el pasto verde

*Para Jorge Raúl.*

Papá se llama Horacio. Es católico practicante. En su juventud estudió medicina y en la actualidad se desempeña como médico cirujano en un hospital público. Es una persona respetada y querida, especialmente por aquellos que han sobrevivido a sus intervenciones.

En casa somos papá, mamá y dos hermanos. Vivimos en Alta Gracia. Tenemos también una casa de campo en Anisacate, un pequeño pueblo a unos ocho kilómetros de distancia. A ese lugar lo llamamos “el campo” y lo visitamos, como mínimo, los fines de semana. Está rodeado de naturaleza y, en verano, se convierte casi en nuestra residencia principal. La casa tiene varias habitaciones y tenemos una piscina, así que decenas de amigos y familiares vienen a visitarnos. Obviamente, porque nos quieren mucho.

Hace tres años, ocurrió algo muy extraño en el campo.

El otoño recién comenzaba. Papá tuvo que ir al campo durante la semana para arreglar una filtración en el techo de la casa. Como no logró terminar a tiempo, decidió quedarse a pasar la noche. De esa forma, retomaría la tarea bien temprano al día siguiente, pero además aprovecharía la noche despejada para sentarse a mirar las estrellas. En silencio, solo él y el universo.

Al día siguiente, ya de regreso en Alta Gracia, papá nos anunció durante la cena que el arreglo había sido un éxito. También mencionó que ese mismo día, por la mañana, había encontrado en el campo (justo frente a la casa) una gran mancha amarilla sobre el pasto. En esa época del año, el pasto era inequívocamente verde.

El tema quedó ahí. Solo recobró vigencia durante el fin de semana, cuando llegamos al campo y vimos la famosa mancha. Era muy amarilla, en franco contraste con el verde que la rodeaba, pero además tenía una perfecta

forma circular de unos diez metros de diámetro. Se lo mencionamos a papá.

“Es cierto, no me había dado cuenta”, admitió sin inmutarse.

En ese momento, yo tenía doce años. Por supuesto que el fenómeno me llamaba mucho la atención. Durante días, insistí a papá con preguntas sobre la misteriosa mancha, pero él no demostraba demasiado interés.

“No sé qué es esta mancha, pero sí sé que no tiene mayor importancia”, contestaba siempre de una manera u otra.

La mancha me preocupaba. Para ser honesto, me daba miedo. Me parecía que había una conciencia detrás de tanta circularidad. Para peor de males, no terminaba de creer en la indiferencia de papá. Sin dudas, eso era lo que más me incomodaba. Cada vez que nos quedábamos de noche en el campo, no podía dormir. Mi hermano es un año mayor y se reía de mí. Su actitud era de escepticismo burlón. Mamá no decía nada. El abanico de reacciones familiares se disponía en mi contra y limitaba el espacio del que yo disponía para expresar mi angustia.

Con el correr de las semanas otoñales, el pasto del campo se fue apagando y fue deglutiendo el círculo frente a la casa hasta hacerlo desaparecer. Para cuando llegó el invierno, la mancha se había perdido en un mar amarillo de pasto. Eso nos ayudó a superar el tema. En mi caso, con la secreta esperanza de que fuera para siempre.

Con el regreso de la primavera, el campo recobraría su enorme variedad de verdes. En casa estábamos muy felices con el inminente regreso del calorcito, de las flores y de las frutas en los árboles. De a poco, junto con el avance del sol, retomaríamos nuestras visitas al campo. La temporada de piletta no tardaría mucho más en comenzar. Todo lo que significaba el verano para nosotros ya podía verse en el horizonte.

Por eso fue desolador, con el regreso del verde, descubrir que el círculo amarillo frente a la casa permanecía inalterable. Parecía inmune a la primavera. En mi cabeza, no podía dejar de interpretarlo como un recordatorio, una advertencia o una amenaza. Una vez más, perdí la capacidad de dormir en el campo. Por la noche, ya acostado, no podía dejar de pensar en la mancha.

“Es una impresión tuya. Vas a ver que en unos días también se va a poner verde”, papá trataba de tranquilizarme. Sin embargo, con el pasar de las semanas, la frontera circular se hacía más nítida. Con una mano en la

cabeza, papá terminó por reconocer que la mancha estaba de regreso, aunque de ningún modo accedió a darle importancia.

El fenómeno había llegado para quedarse. El año siguiente ocurrió lo mismo. El círculo se desvaneció con el avance del otoño, para recrearse más tarde con la llegada de la primavera. Era una porción de campo atrapada en un invierno perpetuo.

Ahora, mientras cuento esta historia, es primavera otra vez. Es el tercer año que el círculo reaparece sobre el pasto frente a la casa del campo. De alguna manera, nos acostumbramos a ese renacer. En mi caso, de a poco estoy pudiendo volver a dormir. Después de todo, nada malo ha pasado en todo este tiempo.

Tal vez sea esa resignación la que le permitió a papá cambiar su actitud frente a la mancha.

Hace un rato nos llamó a todos y nos dijo que tenía algo para decirnos. A medida que nos sentamos en la mesa redonda nos miramos con preocupación. Papá no era de hacer este tipo de ceremonias.

“Les pedí que nos reunamos porque tengo algo muy importante que contarles. Tiene que ver con la mancha frente a la casa del campo. Durante tres años, estuve reflexionando sobre cómo afrontar esta historia. En primer lugar, no estaba seguro de si debía hacerlo. Y en segundo, si lo hacía, no estaba seguro sobre cómo y cuándo proceder. Hasta ahora, nadie más sabe de esto. Ustedes van a ser los primeros. Lo que voy a contarles es muy difícil de aceptar. No les pido que me crean. De hecho, ni siquiera les pido que se queden a escucharme. El que se canse de mi relato, puede levantarse e irse a dormir. Y nunca más hablaremos del tema.”

Papá hizo una pausa. Nos miró. Luego dirigió la mirada hacia la mesa, como buscando la estructura principal de la historia que estaba a punto de contarnos.

“No sé si lo recuerdan, pero hace tres años yo había ido al campo a hacer un arreglo en el techo de la casa. Eso fue justo antes de que la mancha apareciera.

La filtración era más grande de lo que había previsto y no pude terminar el trabajo. Para no demorar más el asunto, decidí quedarme hasta terminarlo. Eso significaba pasar la noche en el campo y retomar el trabajo al día siguiente, bien temprano. Eso me daría tiempo de llegar a horario al hospital.



Cuando se hizo de noche, me preparé una picada con el pan y el queso que había comprado en el pueblo y un par de frutas que saqué de los árboles. Tomé agua. La noche era calurosa y calma. Cuando terminé de cenar, saqué la reposera afuera y me senté en la zona del piso de ladrillos. Desde ahí, me quedé contemplando el cielo. La luna estaba casi llena y muy brillante. Yo trataba de no pensar en nada, pero algunas no podía evitar que algunas cavilaciones se me filtraran. Pensaba en el arreglo del techo, en la cirugía del día siguiente y también en ustedes.

Sin demasiada conciencia, yo buscaba en el cielo alguna estrella fugaz. En un momento, detecté una luz que se movía muy lentamente. Además, me daba la impresión de que con el pasar de los minutos se iba agrandando. Llegó un momento en que comprendí que se estaba acercando. Luego de varios minutos más, la luz se convirtió en dos luces. Luego en tres. Luego en cuatro. Luego en una docena. Eran luces muy pequeñas. Luego pude identificar detrás de las luces un vehículo de forma circular que se seguía acercando en sorprendente silencio. Una avalancha de adrenalina me invadió cuando comprendí que el vehículo con forma de plato estaba directamente sobre nuestro campo y se disponía a bajar justo delante de mí, donde ahora está la mancha amarilla.”

Mamá rompió en llanto. Estaba muy nerviosa. No sé si por la historia que estábamos escuchando o porque temía que papá hubiera enloquecido. Luego de tranquilizarla un poco, papá volvió a decirnos que no teníamos por qué escuchar la historia y que él entendería si preferíamos irnos a dormir.

“Yo estaba petrificado. Sentía una sensacional mezcla de fascinación y miedo. El corazón me latía con mucha fuerza, pero de ningún modo consideraba la posibilidad de salir corriendo. A pesar de la tensión creciente, todavía era consciente de que estaba viviendo un fenómeno único que ponía a prueba mis más profundas convicciones. La experiencia ponía bajo fuego mis conocimientos científicos y mis creencias religiosas. Más que angustiarme, ese asedio existencial me excitaba, ya que significaba replantear los límites del cómodo mundo que me había construido.

El plato volador —no puedo llamarlo de otro modo— aterrizó justo frente a mí, a unos pocos metros de distancia. En todo momento me sorprendió la relativa calma. Durante unos minutos, la nave quedó apoyada sobre el suelo. Primero se apagaron las luces y luego dejó de hacer el más

mínimo ruido, como si hubiera apagado el ‘motor’. Pasaron varios minutos más. Yo estaba inmóvil en la silla, mirando el espectáculo con máxima concentración.

Gracias a la luna, podía ver el plato con suficiente claridad. Tenía el diámetro de la mancha amarilla que ya conocemos. La altura del vehículo sería de unos tres metros. En ese momento me pareció gigantesco, pero si uno lo pensaba con frialdad no era demasiado grande. Tenía por lo menos una puerta y una línea horizontal de ventanas que parecía darle toda la vuelta. De repente, la puerta comenzó a abrirse con lentitud de manera corrediza.

Del interior salieron dos individuos —no sé cómo llamarlos—, uno detrás de otro, y se pararon junto a la puerta. Vestían trajes, así que no pude verlos directamente. La forma de sus cuerpos era humanoide, como la nuestra. Tenían dos piernas, dos brazos, manos, cinco dedos por mano —esto lo vi después— y una cabeza. De haber tenido que apostar, hubiera dicho que eran humanos, pero en ningún momento pude comprobarlo. Quizás eran humanos, u otro tipo de humanos, o humanos de otro tiempo, o criaturas que se hacían pasar por humanos. Los trajes eran negros, cubrían todo el cuerpo y estaban hechos de un material raro —esto también lo vi después—. La cabeza del traje era diferente, más sofisticada, y eso me hacía suponer que —como nosotros— concentraban sus sentidos allí.”

Mamá volvió a romper en llanto. “No puede ser, no puede ser”, repetía sin consuelo. Esta vez no fue posible tranquilizarla y no quiso seguir escuchando. Se fue a su cuarto. Mi hermano, de difícil relación con papá en esos días, aprovechó el incidente para responsabilizarlo. Le dijo que no le creía ni una palabra y también se retiró a su cuarto. Quedé solo en la mesa. Papá me dedicó una mirada y yo se la devolví con seguridad. Prosiguió.

“Junto a la puerta, los individuos se quedaron quietos, orientados hacia mí. Yo también estaba quieto. La escena estuvo congelada un par de minutos. Por fin, uno de ellos hizo un gesto masomenos humano con sus brazos, invitándome a acercarme. Contra todos los pronósticos, mi corazón no estaba a punto de explotar como hacía unos instantes, sino que se había tranquilizado. Tal vez percibía que la situación no era peligrosa. O tal vez el momento de las decisiones había pasado. Entregado por completo a la experiencia, ¿qué sentido tenía preocuparme? Me levanté de la reposera, de modo reflejo miré los alrededores y me dirigí hacia ellos. Mi marcha era

incómoda, como cuando uno se siente observado por mucha gente. Cuando estuve a un metro de distancia, me detuve. Les miré las cabezas. El traje no dejaba ver posibles ojos, bocas o narices. No pude adivinar ninguna reacción en ellos. Hicieron lugar para que pudiera pasar. Suspiré e ingresé a la nave.

Los individuos entraron detrás de mí. La puerta se cerró. Unas luces muy tenues se encendieron. Uno de ellos se adelantó y me indicó un asiento que estaba junto a una mesa. El lugar parecía una sala de reuniones, con una mesa en el centro y varias sillas alrededor. Me senté. Ellos también se sentaron y lo hicieron como si fueran humanos. Luego de un rato en silencio, sentí que la nave despegaba con gran suavidad. No fue necesario que me abrochara ningún tipo de cinturón de seguridad.

Con el correr de los minutos, ya en el aire, las luces se fueron haciendo más intensas o mi vista se fue acostumbrando mejor al lugar. El interior no era muy diferente a nuestra idea de naves espaciales. El color predominante era el blanco. Había muchas pantallas. Lo que parecía un idioma en ellas me resultó irreconocible. Los individuos en ningún momento se sacaron los trajes, ni yo necesité dispositivos para respirar. Asumí que habían adaptado las condiciones de la nave a las mías.

Así permanecimos los tres, quietos y callados alrededor de la mesa. Los individuos parecían ser muy amables. Me sentía cada vez más tranquilo. Alentado por esa confianza, busqué captar su atención. Me señalé a mi mismo y a la ventana. Uno de ellos asintió y estiró el brazo habilitándome el paso en esa dirección. Fui hasta la ventana y miré a través de ella. Pude ver el contorno del continente sobre el Mar Atlántico, hecho de luces de variable intensidad. Pude identificar Buenos Aires, Río de Janeiro y, más hacia el interior, San Pablo. La vista era espectacular, un verdadero mirador desde el espacio. Según mi interpretación, la nave se movía a gran velocidad y nos íbamos adentrando en el océano.

Satisfecho con mi visita a la ventana, volví a la mesa. Me senté en el mismo lugar de antes. Uno de los individuos se levantó y fue hacia una habitación que supuse de comando. Adiviné que allí había otros individuos, pero nunca pude saber cuántos. El otro permaneció sentado, orientado hacia mí. Aproveché el tiempo que siguió para observar y reflexionar. Había mucha calma en la nave. Ninguno de los individuos había hablado, ni conmigo ni entre ellos. O se comunicaban sin hablar o sabían perfectamente

qué hacer. Daba la impresión de que la experiencia les resultaba familiar y de que todo estaba bajo control. Las pantallas me hacían suponer que contaban con el sentido de la vista. Ellos sin dudas podían verme, aunque nunca pude ver sus ojos. Nada en la nave me parecía demasiado extraño. Volví a sospechar que eran tan humanos como yo. Lo que no podía comprender era el sentido de este viaje. ¿Por qué o para qué había sido invitado a subir a esta nave? ¿Por qué yo? ¿Hacia dónde íbamos? ¿Habría regreso? Aunque todavía me sentía un poco intimidado por la situación, crecía en mí la necesidad de expresar esas preguntas ante mis anfitriones.

El segundo individuo volvió a la mesa y se sentó. Permanecimos tranquilos, mientras yo juntaba valor para interrogarlos. Por fin me animé y les pregunté adónde estábamos yendo. De buen modo, uno de ellos me hizo un gesto con la mano que interpreté como “nada de preguntas, paciencia”. Por las dudas, insistí y le pregunté quiénes eran. El mismo individuo me respondió con el mismo gesto. No tuve más remedio que resignarme al silencio. Tal vez las respuestas llegarían más tarde, a su debido tiempo, sin necesidad de formularlas.

Mi ensimismamiento llegó a su fin cuando sentí que la nave comenzaba a descender. Pedí nuevamente mirar por la ventana, pero esta vez el permiso me fue denegado. El individuo usó el mismo gesto que antes. El descenso fue tan suave como lo había sido el ascenso inicial. Finalmente, sentí que tocábamos tierra.

Los individuos se pusieron de pie y comenzaron a prepararse para dejar la nave. Realizaron varias maniobras sobre los dispositivos que poblaban la nave. Cuando estuvieron listos, los dos de siempre me guiaron hasta la salida de la nave. La puerta se abrió, mientras las luces internas de la nave se iban apagando. Primero bajó uno de ellos, luego yo y por último el otro. A simple vista, me pareció que seguíamos en la Tierra. Era de noche. La luna estaba tan casi llena como antes. El clima también era similar al que habíamos dejado en Anisacate. La puerta de la nave se cerró detrás de nosotros. A lo lejos, pude divisar unas luces. Los individuos me invitaron a caminar en esa dirección.

A medida que nos acercamos a nuestro destino, pude comprender que se trataba de un pueblo. La iluminación era primitiva. Era una serie de palos altos sosteniendo una llama. Supuse que el pequeño fuego se alimentaba de una tela mojada en kerosene. Cuando llegamos al pueblo, aparecieron

circulando personas cuya piel era casi negra. De ningún modo se sobresaltaron al vernos. Como mucho, dejaron de hacer sus tareas, nos miraron y hasta en algunos casos nos saludaron con discreción. Yo estaba desconcertado. Durante el viaje me había imaginado muchas cosas, pero no esta. Continuamos avanzando a lo largo de lo que parecía ser la calle principal.

Por fin llegamos a una especie de choza grande que se destacaba sobre las demás. Entramos. Allí, sentado en la cabecera de una gran mesa, había un hombre fornido. Diría que era el líder del pueblo. Tenía una mirada profunda y confiable. Estimo que sus ropas exóticas pero austeras eran típicas del lugar. Estaba secundado por otros dos hombres. Cuando nos acercamos, me saludaron —solo a mí— con tranquilidad, como si hubieran estado esperando este momento. Nos sentamos a la mesa.

El hombre principal se dirigió a mí en una lengua incomprensible. Yo le contesté que no podía entenderlo, tanto con mi lengua (intenté en varios idiomas) como con mis manos. Por supuesto, mientras tanto, en mi interior se multiplicaban las preguntas. ¿Sabía este hombre que los individuos vendrían? ¿Sabía que me traerían con ellos? ¿Tenía mi visita alguna clase de propósito específico? Si lo tenía, ¿por qué nadie había preparado nada para comunicarse conmigo? ¿Sería esta incomunicación parte del fin específico? En un tercer plano, yo monitoreaba a los individuos del plato volador. Me intrigaba saber si les interesaba de algún modo nuestro desencuentro lingüístico. Nada. Permanecían inalterables. Con tranquilidad, podrían haber estado dormidos (si es que hacían tal cosa). Durante la totalidad de la extraña reunión, no hicieron ningún tipo de intervención. Simplemente, estimo, observaron.

Luego de una hora de infructuosos intentos, el hombre principal parecía cansado. Sus silencios se fueron extendiendo cada vez más. Mi actitud no era diferente. Los individuos del plato percibieron el clima de agotamiento, así que se levantaron de la mesa y, con ese gesto, dieron por terminada la reunión. Los demás también nos paramos. El hombre principal se inclinó para despedirme. Yo repetí el gesto. En cambio, no hubo ningún tipo de saludo con los individuos. ¿No había necesidad de despedirse? ¿Tan familiares eran? ¿O acaso los individuos no practicaban la costumbre del saludo? Y en ese caso, ¿cómo lo sabía el hombre principal? Más y más preguntas sin respuesta venían a mi mente.

Uno de los individuos, estirando uno de sus brazos, me propuso emprender el camino de regreso. Volvimos hasta la nave por el mismo sendero que nos había llevado al corazón del pueblo. La gente, al vernos partir, adoptó la misma tranquila atención que nos había dispensado al llegar.

Reencontramos la nave. Subimos del mismo modo que habíamos subido en Anisacate. También se repitieron el proceso de despegue y el viaje. Intenté algunas preguntas con los individuos, pero la única respuesta que obtuve fue el gesto excusatorio. Cuando estimé que no faltaba mucho, pedí mirar por la ventana. El permiso me fue concedido. Volví a ver las grandes ciudades de Sudamérica y, un rato más tarde, pude reconocer Córdoba, Alta Gracia y, por último, las pequeñas luces nocturnas de Anisacate. Uno de los individuos se acercó y con un gesto me invitó a sentarme. El aterrizaje era inminente. Sentí como la nave se posó con delicadeza sobre el suelo. Los individuos se movilizaron como lo hicieron al llegar a la tierra que estimé africana. Cuando todo estuvo listo, bajamos de la nave. Estábamos en el mismo punto del comienzo.

Caminé hasta el suelo de ladrillos frente a la casa. Mi reposera estaba ahí, sola, tal cual la había dejado. Todavía de pie, me di vuelta. Los dos individuos estaban junto a la puerta, como cuando los vi por primera vez. Con un gesto algo oxidado, me saludaron. Respondí el saludo y le agregué una sonrisa. Los individuos subieron a la nave. La puerta corrediza se cerró. Las pequeñas luces se encendieron. La nave levantó vuelo y se fue, con la misma suavidad con la que había llegado.”

Papá estaba visiblemente emocionado. Tenía los ojos vidriosos, pero no quería quebrarse. Me miró muy fijo. El relato no había terminado.

“Cuando la nave ya había desaparecido, suspiré muy profundo. Repasé con estupor lo que acababa de ocurrirme. Luego me di vuelta para entrar a la casa. Pero no pude. Un individuo como los de la nave estaba parado justo frente a mí, a no más de medio metro de distancia. Permanecimos frente a frente durante unos instantes. Con gran lentitud, él levantó su mano frente a mí. De ella, estiró el dedo índice y lo apoyó con cuidado en mi frente. De repente, una gran ráfaga eléctrica sacudió mi cuerpo. Fue justo después de eso que me desperté, transpirado, en la cama”.

# Un gran apoyo

No todos los rechazos tienen una presentación desagradable. Bien lo sabe Jáuregui, el Escritor Expulsado.

Como ya es sabido, Jáuregui también presenta su humilde obra en la Playa del Lector, cuyas arenas se dejan mojar por el inagotable Mar Argentino. Allí, distribuye sus libros entre los bañistas, los deja un rato y luego pasa a buscarlos. Lo hace a pesar de todo, incluyendo los grandes apoyos.

Entre ellos, vale la pena recordar el memorable apoyo brindado por Mirta, una de las tantas señoras que se establecen por la mañana en las generosas playas que decantan con natural gracia desde el médano. Detrás de esa cadena arenosa, se alza el bosque hermoso y artificial. Y dentro de él, un opulento barrio de amplios terrenos y grandes casas.

Al igual que Mirta, el bosque ofrece una hermosa postal a la mirada, pero con sumo sigilo se encarga también de quedarse con el sol. El bosque no lo sabe. Y si lo sabe, no puede evitarlo. Mirta, quizás, tampoco.

Mirta tenía aquella mañana una más que adecuada malla negra. El bronceado dejaba saber que había pasado varios días en la playa. Sobre la piel tostada exhibía unas pocas joyas elegantes. Los anteojos oscuros escondían su mirada, pero sobre todo su alma.

Como parte de su habitual procedimiento, Jáuregui abordó a Mirta para presentarse como escritor. Mirta se mostró dispuesta, pero haciendo gala de una cultural desconfianza. No respondió a la sonrisa, ni al “hola”, ni al “buen día”, ni al “¿todo bien?”. En cambio, prefirió escuchar directamente lo que el Escritor Expulsado tenía para decir. No era poco viniendo de Mirta. Así, se abrió a la breve introducción y a la oferta de recibir los libros “para hojearlos un rato, por supuesto sin compromiso”. Antes de aceptarlos, Mirta le preguntó si vivía en Buenos Aires. Ante la respuesta afirmativa, quiso saber en cuál barrio. Nunca sabremos si nuestro escritor respondió Palermo, Almagro o San Martín. Tampoco sabremos por qué Mirta aceptó la propuesta, pero sí que estiró el brazo derecho para recibir los libros.

Luego de agradecer, Jáuregui continuó con el reparto de sus libros entre los demás bañistas. Unos quince minutos mantuvieron alejado a nuestro escritor de Mirta. Durante ese tiempo, él quizás pensó en ella o — más probable— quizás pensó en la mejor estrategia para repartir ese puñado de libros que todavía tenía entre sus manos; es decir, en nada. Y, tal vez, ese propósito insignificante lo liberó por un rato de cuestionamientos mayores. En cualquier caso, esa quincena de minutos fue un tiempo sepultado para siempre.

Mirta aprovechó ese mismo cuarto de hora para explorar los libros. Eligió uno casi al azar. Se detuvo en algunas de las secciones, en este orden: *Breve biografía*, *Agradecimientos*, *Burocracia*, *Índice*. Luego, escaneó la *Introducción*. No llegó a asomarse a ninguno de los relatos. En cambio, cerró el libro. Buscó con la mirada al escritor en la playa: lo encontró moviéndose con llamativo dinamismo entre los bañistas. Sonrió, complacida. Ese muchacho le agradaba. Ella le daría su apoyo.

Cuando Jáuregui terminó la ronda de distribución de libros, volvió en dirección a Mirta para reencontrarla. Desde la lejanía, identificó la mirada aprobatoria de Mirta y su sonrisa satisfecha. Auguró un desenlace positivo para ese encuentro. Quizás no se equivocó, a pesar de todo lo que vendría después. Las experiencias con potencial literario terminaban siendo siempre de un valor incalculable.

Mirta lo recibió exultante:

—Escritor, ¡qué lindo lo que hacés!

—Gracias —aceptó Jáuregui, bajando la cabeza.

—¡Tengo tantas preguntas para hacerte! —le dijo Mirta con entusiasmo. A continuación, enumeró interminable cantidad de interrogantes, mostrando un genuino interés en la vida y obra del escritor.

Jáuregui intentó corresponder a Mirta brindándole su tiempo. Es importante subrayar que el Escritor Expulsado lo cuidaba como oro, no solo porque necesitaba repartirlo entre los demás bañistas, sino porque creía que la vida era demasiado corta. Tanto era así que, con Mirta o con los demás, comenzaba a inquietarse cuando la conversación se extendía más allá de un puñado de minutos. Idéntica dificultad para disfrutar de las conversaciones prolongadas —es decir, de los pequeños momentos— solía padecer en su vida diaria.



Las preguntas de Mirta se extendieron por varios minutos hasta que al final pareció quedar conforme. Entonces, llegó el momento de su alegato final. Un monólogo condecarotorio que Jáuregui y nosotros guardaremos para siempre, como un tesoro, en nuestros corazones.

—La verdad, querido, te felicito. Es realmente destacable lo que estás haciendo. Venir a la playa, *bajo este sol tremendo*, y repartir todos tus libritos, sabiendo que la mayoría no te va a tomar en serio. Ni siquiera se va a tomar el tiempo de escucharte medio minuto. Perdoname que sea tan cruda, pero es así. No van a darte la posibilidad de presentarte, de contar lo que hacés y por qué lo hacés. Esa es una oportunidad que no se le debería negar a nadie. Yo sé que esto que estás haciendo no es fácil. Debe ser un enorme trabajo hacer estos libritos. Escribirlos, revisarlos y lidiar con la imprenta. Y pagarle, claro, porque la imprenta no trabaja gratis. Y seguramente es toda plata de tu bolsillo, que vaya a saber uno de dónde sacás. Plata que podrías usar para otra cosa, para ropa más nueva por ejemplo, pero no, vos elegís ponerla en esto, en tu pequeño *hobby*. Y finalmente... no, finalmente no, porque después tenés que traerlos hasta la playa. ¿Los imprimís en Buenos Aires? Y todo eso solo para esperar a que el clima te dé la oportunidad de venir a la playa, porque si llueve, o hay viento, o hace frío... ¡encima tenés que depender del clima!

Mirta describía con llamativa precisión (y con llamativo estilo) detalles que Jáuregui conocía muy bien. El Escritor Expulsado valoró que Mirta fuera consciente de ellos y los apreciara, al menos en su discurso. Sin embargo, tanto desarrollo de la cuestión comenzó a generarle esa creciente ansiedad de la que ya hemos hablado. Sospechaba que algo comenzaba a andar mal.

—Pero más allá de todas esas cuestiones operativas, rescato sobre todo el valor de que sigas tu vocación. Animarte, a pesar de que ya hay tantos escritores y libros buenos. Ojo, no quiero decir que los tuyos no lo sean. La verdad es que no los he leído. Estuve chusmeando la biografía y eso; nada más, por ahora. Muy interesante por lo que leí. Pero lo que quiero decir es que no es fácil, querido, no es fácil seguir la propia vocación. A veces pareciera que el mundo conspira contra todo aquel que lo intenta. Es como si el universo repartiera roles a los recién nacidos, tal vez al azar, y luego se enojara cuando uno trata de salirse de ellos. Y es como si se

sirviera de la familia, del dinero, de los prejuicios o hasta de la sociedad misma para oponerse a nuestros propios planes.

Una batalla crecía dentro de Jáuregui. Por un lado, las palabras de Mirta tenían sentido y hasta cierta profundidad. Mirta sabía de qué estaba hablando. Pero, al mismo tiempo, al Escritor Expulsado le resultaba demasiado sospechoso que quien las hilara fuera una persona que no paraba de hablar, que no tomaba en consideración el tiempo ajeno y que por momentos dejaba traslucir en su discurso ciertas anormalidades.

—Yo misma soy un ejemplo de ello. Acá donde me ves, querido, yo tuve que hacerme a mí misma. Desde muy chica, tuve que luchar para hacerme un lugar entre tanto destino de hierro ...

El concepto de “entre tanto destino de hierro” fascinó a Jáuregui. Mirta, a pesar de su creciente fatiga a los límites de la paciencia, lanzaba algunos chispazos de genialidad.

—... entre tantos adultos conservadores que me obstaculizaban, y buscaban dirigir mi vida para conservar sus propias posiciones de poder. Yo tuve que pelearla, querido, nadie me regaló nada. Pero finalmente, gracias a mi determinación, esa que ahora veo en vos, logré salirme con la mía. Acá estoy, acá me ves, una mujer hecha y derecha que se construyó a sí misma desde bien abajo.

Jáuregui sentía cierta curiosidad por averiguar cuál había sido ese camino propio forjado con tanto ahínco. Mirta, a pesar de ser tan expansiva en su discurso, omitía con deliberación indicar con exactitud a qué se estaba refiriendo. ¿Buscaba, con cierta sabiduría retórica, que el Escritor Expulsado se lo preguntara? ¿Era esta la introducción de una nueva historia interminable por venir? ¿Había algo, realmente, detrás de ese discurso? A pesar de las preguntas, el ansia de respuestas de nuestro escritor no era tan grande. Más grandes, en efecto, eran sus ganas de redondear el diálogo con Mirta y seguir adelante. Por eso se abstuvo de interrumpir el monólogo mirtiano. Un accionar que no hubiera sido para nada fácil, ya que Mirta no ofrecía recovecos conversatorios por donde inmiscuirse.

—Y creeme, querido, cuando te digo que he tenido que bancarme muchos rechazos. Está bien, hay que admitirlo, no se puede vivir sin rechazar o ser rechazado, pero hay formas y formas. ¿Es necesaria la falta de respeto, la absoluta inhumanidad de agredir con gratuidad el corazón ajeno? Claro que no, claro que no, no hay ningún derecho. Especialmente

cuando uno está aquí, de vacaciones, tranquilo, con mucho tiempo libre para calmarse, relajarse y abrirse un poco al ambiente, a la naturaleza, a los demás. Y sobre todo cuando esos demás son artistas. Ar-tis-tas, querido. Con toda esa sensibilidad que tienen. Están un poco chiflados, sí. Ojo, lo digo en el buen sentido, no me malinterpretes. Viste: no trabajar, seguir sus sueños, todo eso. Los artistas son una parte fundamental de la sociedad, así te lo digo. ¡Qué digo, de la humanidad misma! ¿Qué haríamos sin ellos? ¿Quién nos ayudaría a ver la belleza del mundo, quién nos cuestionaría con precisión y delicadeza, quién nos impulsaría a seguir adelante en los momentos difíciles, te digo más... ¿quién nos entretendría? Imaginate, no habría circo, ni teatro, ni cine. Aunque esos actores americanos no son ningunos pobretones, eh, hay que decirlo. Por eso es que resulta indispensable apoyar a los artistas, estemos de vacaciones o no; pero sobre todo si lo estamos.

A Jáuregui no le quedó demasiado claro a qué se refería Mirta con ese último “por eso”, pero bajo ningún punto de vista estaba dispuesto a averiguarlo. Tampoco lograba cohesionar las sabias apreciaciones sobre “el cuestionamiento preciso y delicado” con la supuesta importancia del entretenimiento. En otro plano más amplio, las palabras de Mirta le recordaron su propia idealización de los artistas. La había conservado hasta unos pocos años atrás. Desde entonces, había pasado de la admiración a la sospecha.

La causa de ese desengaño era elemental: varios artistas lo habían traicionado. Los traidores de Jáuregui habían apelado a las bajezas más grandes para hacerlo. Miserias de las cuales los artistas se suponen exentos, en parte porque viven predicando contra ellas. Hablamos de dinero, egoísmo, deslealtad. Sí, más de un artista había traicionado al Escritor Expulsado por cuestiones de dinero o de poder. A medida que las palabras de Mirta avanzaban, nuestro escritor revivía esas dolorosas decepciones y se debatía entre intervenir o no para alertar a Mirta sobre el peligro de sus idealizaciones. Decidió no hacerlo. No por temor a decepcionar a su interlocutora o por piedad pública hacia sus propios colegas, sino para buscar asfixiar la conversación entre su propio interior y el monólogo de Mirta.

—Además, por si fuera poco, no quiero imaginarme lo difícil que debe ser escribir. Enfrentar la hoja en blanco; de solo imaginarlo me muero

de ansiedad. Sí, yo me muero, no hay chance. ¿Y la inspiración? ¿De dónde sacás las ideas? ¿Son historias reales? ¿Cómo lográs tener confianza en lo que escribís? ¿No sentís que ya está todo escrito?

Las preguntas de Mirta eran puramente retóricas, ya que no esperaba ningún tipo de respuesta.

—Yo sentiría que no vale la pena, querido, que ya hay demasiados libros y demasiados escritores. Igual te lo vuelvo a aclarar: yo. Por supuesto, vos debés tener otra cabeza y otras formas de encarar la cuestión. Por eso estás aquí, hablando conmigo, y hacés lo que hacés. Y ojo, lo mismo siento con respecto al resto de las artes, como la pintura o la música. No es que me la he agarrado con la literatura. De hecho, mi hijo es músico. Imaginate. Sé muy bien de lo que hablo. Toca la guitarra y también compone. Le gusta mucho. No pasa un día sin que agarre la guitarrita. Sueña con poder vivir de la música un día. Yo le digo: “Claudio, me parece muy lindo que tengas ese sueño, pero no te ilusiones demasiado porque después el golpe va a ser muy doloroso”. Él siempre me contesta que lo deje de joder. Yo no sé por qué me habla así, yo solo quiero ayudarlo. Obviamente, no vive de la música. Trabaja en un taller para autos, pero de la parte eléctrica, viste, algo así. Yo creo que tendría que ponerse un taller propio y dejar la música como un placer, como un capricho personal, pero nunca se lo digo. Bueno, sí, a veces se lo digo. Es que yo quiero lo mejor para él. Y yo ya soy grande, he vivido, sé cómo funcionan estas cosas. Como ya te he dicho: falta apoyo para los artistas. Sobre todo en este país. Qué mal estamos, querido. Nos caemos a pedazos. Está bien, aceptemos que la gente está con poco dinero, preocupada, estresada, y no tiene tiempo ni energía para apoyar a los artistas. Está bien, lo entiendo. Pero, ¿y el Estado qué hace? ¡Nada! ¡Ni siquiera puede sostener una moneda decente! Con que nos garantizara un país normal... ni siquiera tanto, un país que no sea esta locura que tenemos... con eso la gente ya estaría más tranquila y todo funcionaría mejor, inclusive para los artistas. El Estado, el nuestro al menos, es una estafa, querido, un robo. Estaríamos mejor nosotros solos. ¿Acaso vos o yo devaluamos el peso mil veces? ¿Acaso vos o yo nos robamos los impuestos o los depósitos de la gente otras tantas? Por eso yo le digo a Claudio: “Tenés que irte, Claudio, acá no hay futuro. Sacate la ciudadanía italiana y andate vos que podés, acá no hay lugar para vos ni para tu arte”. Es una locura querer ser artista en este país. Bah, es una

locura querer ser artista y es una locura vivir en este país; imagínate las dos cosas juntas.

Mirta se quedó pensativa durante unos instantes, con la mirada enganchada en el horizonte. ¡Jáuregui tenía tanto para decir! Pero no lo haría nunca. No cometería jamás ese pecado mortal. En cambio, se quedó mirándola.

Mirta por fin reaccionó.

—En fin, querido, te felicito una vez más. Te devuelvo los libritos — dijo mientras extendía los libros en dirección de un Jáuregui estupefacto — y te deseo lo mejor. De corazón. No aflojes, eh.

# El proceso de baja

*Para René Favaloro.*

*“La sentencia no se pronuncia de una vez, el procedimiento se va convirtiendo lentamente en sentencia.”*

*Franz Kafka, El Proceso.*

Con mis treinta y pico de años, ya había logrado vislumbrar que la próxima crisis de mi tierra — la República Unitaria de Mosquera — llegaría pronto. Estaban por cumplirse diez años desde la última crisis mosqueriana, y veinte desde la anterior, y treinta desde la anterior, y así. También había aprendido que después de la crisis vendría inevitablemente una moratoria para el pago de impuestos. De hecho, lo más probable es que fueran dos. Una, propuesta por el gobierno al mando, con el argumento de apoyar a los más golpeados por la debacle económica (casi siempre autogenerada por ese mismo gobierno y/o el anterior). Y la otra, un poco más tarde, propuesta por el nuevo gobierno, justificada en “la necesidad” de abrir una nueva etapa luego del fracaso de su predecesor. En ambos casos, el objetivo inconfesable del gobierno era el mismo: volver a recaudar todo lo posible cuanto antes. Poco le importaba que las moratorias beneficiaran a quien no había pagado — en detrimento relativo del que sí lo había hecho — , ni el mensaje implícito a largo plazo, ni sus consecuencias; en verdad, para resumir, no le importaba nada. Por supuesto, cada gobierno juraba que la moratoria que impulsaba era la última.

No mencionemos, siquiera, el caso de los blanqueos impositivos.

Cansado de ser el idiota útil de la película mosqueriana, decidí que habría cambios en mi relación impositiva con el Estado. Por eso, cuando con puntualidad se desató la nueva crisis decidí dejar de pagar mis impuestos, más allá de que pudiera hacerlo o no. Envalentonado por mi ingenua (pero potencialmente peligrosa) rebeldía, me impuse ir todavía más lejos: dado que el gobierno actual me desagradaba, no pagaría mis impuestos hasta que uno menos malo fuera elegido. Y si ese tiempo se

postergara demasiado y llegara a verme asediado por la persecución estatal, entonces agotaría todos los medios para pagar lo menos posible. Estiraría los pagos hasta que no hubiera más remedio, como el gobierno mosqueriano estiraba las soluciones a los problemas del país. Cobrarme sería un suplicio, tanto como para mí lo era pagar. Cuando las condiciones de gobierno y moratoria fueran propicias, entonces sí regularizaría mi situación, haciendo uso de todas las facilidades disponibles. Si existía la posibilidad de saldar mi deuda en mil cuotas, mejor.

Por supuesto, todo eso lo haría sin ninguna clase de convicción, ya que esos pagos terminarían en las manos de los gobiernos mosquerianos y no tendrían otro destino que el de financiar durante diez años la construcción de la próxima crisis.

Lo que no había aprendido todavía, sin embargo, era mucho más elemental. En la búsqueda de una eficiencia que me permitiera compensar la improductividad del Estado que me rodeaba, había cometido la infinita necedad de configurar en mi banco el pago automático de mis impuestos. Cada mes, la imposición fiscal se debitaba automáticamente de mi cuenta bancaria. Esto implicaba dos equivocaciones fatales. Para comenzar, había decidido ignorar la máxima elemental que indicaba que toda configuración de un pago automático conduce a problemas, especialmente cuando se intenta darlo de baja. Sobre la ternura de ese error *amateur*, yo había montado otro directamente imperdonable. Había formalizado ese “pacto de caballeros” con el Estado mosqueriano, es decir, con *il capo di tutti i capi*. Lo había hecho a pesar de la famosa confiscación de depósitos de hacía diez años, y de la famosa confiscación de depósitos de hacía veinte años, y de la famosa confiscación de depósitos de hacía treinta años.

Para complejizar todavía más la cuestión, al Estado y al Banco se agregaba un tercer actor. El alta del pago automático lo había hecho a través de PagaSimple, una entidad financiera que intermediaba con los ciudadanos para “simplificar” el pago de servicios e impuestos.

Es por ello que mi primer paso para dar de baja el pago automático de mis impuestos fue comunicarme con PagaSimple. Me resultaba de lo más sensato que quien me había dado el alta fuera también quien me diera la baja. Llamé por teléfono, el mismo medio que había utilizado para la operación inversa. Una máquina me presentó interminables opciones, incluyendo la ya conocida posibilidad de darme de alta, pero no me ofreció

la deseada opción de darme de baja. Revisé todos los rincones del árbol de opciones telefónico: nada. Los peores miedos comenzaron a crecer dentro de mí. Elegí entonces la opción de hablar con un operador, esa que siempre conducía a esperas interminables. Perdí mi valioso tiempo durante decenas de minutos hasta que la comunicación se cortó sin explicaciones. Repetí mis intentos durante varios días, en diferentes horarios, con idéntico resultado. Esos días, mientras esperaba la atención de un operador, navegué sin éxito el sitio web de PagaSimple. Intenté una comunicación con el chat virtual, pero no funcionaba. Envié varios correos electrónicos que nadie, nunca, jamás, contestó.

Un día, no sé bien por qué, una persona contestó la llamada. Era un muchacho joven. Se escuchaba un perro de fondo. Di todas las explicaciones del caso, haciendo un gran esfuerzo por omitir todas las humillaciones a las que había sido sometido por la empresa. El muchacho me dijo que la empresa no procesaba las bajas de impuestos y, más elemental todavía, me dijo que él no tenía forma física de hacerlo a través de su sistema. En su opinión personal, yo debía dirigirme a la entidad bancaria. El perro de fondo ladró otra vez. De nada sirvió explicarle que era de un formidable sinsentido que si su empresa me había dado de alta en un servicio no me ofreciera la posibilidad del mecanismo inverso. No lo negó, pero volvió a repetir que él no tenía forma de hacerlo. Le pedí hablar con un superior. Me dijo que no había superiores disponibles. De hecho, me aclaró que ni siquiera él podía contactarlo para sus propios problemas con la empresa. Le pregunté qué pasaría con mi reclamo. Hubo un silencio. Luego de unos segundos, me dijo que lo registraría en el sistema. Le pedí entonces un número de identificación para poder hacerle un seguimiento. Me dijo que no había números de identificación. Comprendí entonces, y así se lo dije, que mi reclamo era completamente inútil. Hubo otro silencio. Le expliqué lo esencial de que un reclamo tuviera un número asociado. Persuadido, o acorralado, el muchacho me dijo que entonces me daría uno. Y así lo hizo, inventándolo en el momento para salir del paso. No tuve ni una gota de optimismo irrealista como para anotarlo. Hirviendo de impotencia, corté la llamada. Algo inusual en mí, le di un golpe de furia a la mesa.

Pasaron dos días hasta que pude retomar mi misión. Vaciado interiormente por la falta de fe, llamé por teléfono al Banco. Me atendió una



máquina. Luego de un minuto de información sobre cómo automatizar mi gestión, me exigió una clave telefónica. Yo no tenía ninguna clave. Corté. Navegando el confuso sitio web del Banco creí comprender que debía obtener la clave telefónica desde un cajero automático, haciendo uso de mi tarjeta de débito. Yo nunca usaba mi tarjeta de débito. Fui al cajero. La máquina me exigió la clave de la tarjeta. No la tenía. El Banco estaba cerrado. Volví al día siguiente, esperé una hora en la sala hasta que un empleado me atendió. Intenté que él me ayudara a resolver mi problema, pero me dijo que el trámite solo podía hacerse por teléfono. Ante mi desconcierto, me detalló el extenso proceso por el cual yo podría “operar por ese canal”. El primer paso era volver al cajero automático. Obtuve allí mis cuatro claves. Debía renovarlas cada treinta días. Volví a casa y llamé al Banco. Usé mi clave telefónica con éxito. La máquina me ofreció un nuevo interminable ramo de opciones. Ninguna era para dar de baja mis impuestos. No tuve más remedio que terminar en la opción de hablar con un operador. Por supuesto, esperé decenas de minutos hasta que la máquina del Banco agotó su paciencia: “Todos nuestros operadores se encuentran ocupados, intente más tarde”, y me cortó. La escena se repitió durante días. Sobre la cuarta semana, mi mayor preocupación era prevenir la necesidad de renovar mis claves bancarias. Pensé en dar de baja todo, todo, e irme a vivir a la aldea hippie de El Boscón. Desistí: no sabía qué era peor.

Casi llegando al primer mes de batalla bancaria, logré hablar telefónicamente con un operador bancario. Le expuse mi caso de la manera más sintética posible: quería dar de baja el pago automático de mis impuestos. Su respuesta fue que ese tipo de operaciones debían realizarse personalmente. En vano intenté explicarle que ya había estado en la sucursal del Banco, en persona, y el empleado de carne y hueso me había dicho exactamente lo contrario. El operador, como la máquina del menú de opciones, solo repitió su recomendación. Corté y le di un nuevo golpe a la mesa.

Al día siguiente, fui al Banco otra vez. No fue fácil esperar casi una hora. Luego de la espera, volví a entrevistarme con el empleado de carne y hueso. Le expuse mi caso una vez más, con las actualizaciones. El operador me pidió que aguarde: la contadora del Banco me atendería. Tras esperar otra hora, la contadora me recibió con incomprensible mala voluntad. Volví a explicar la situación. El veredicto de la contadora fue categórico y no

necesitó ni un segundo de reflexión: la gestión que yo reclamaba solo podía hacerse ante el Estado. Para nada sirvió que le detallara lo que me habían dicho por teléfono los operadores del propio Banco, ni mucho menos lo que me había dicho el joven muchacho tele-oficinista de PagaSimple. Tampoco la conmovió mi argumento de que resultaba inconcebible que el Banco permitiera débitos de mi cuenta personal cuando yo mismo le estaba diciendo, en persona, que no quería que eso sucediera. ¿Qué ocurriría, por ejemplo, si un prestador de servicio me estaba estafando y se rehusaba a darme de baja (lo cual, excepto por la palabra “servicio”, era el caso)? ¿Acaso el Banco avalaría la continuidad del despojo, aun cuando yo le estaba exigiendo en ese instante qué hacer con mi propia cuenta y con el dinero depositado en ella? La contadora volvía una y otra vez sobre la misma explicación: el sistema no le permitía implementar la baja. Inflamado de furia, dejé el Banco.

*El Sistema* se había convertido en la más sofisticada creación de los tiempos modernos. Una entidad abstracta e inmaterial, responsable de todo, que con sus limitaciones “naturales” e inmovibles impedía el remedio de errores, abusos o injusticias. Un culpable todopoderoso que condicionaba, *per se*, la voluntad y los derechos de sus millones de súbditos humanos. El Sistema era culpable de todo y nada podía hacerse al respecto. No era posible denunciarlo, ni enjuiciarlo, ni, por lo menos, ir a buscarlo para cagarlo a trompadas. Integrado a la trituradora mosqueriana, era sencillamente letal.

Tras un día de descanso y reflexión, comencé mi gestión ante el Estado con un nivel de expectativas positivas que no era nulo, sino negativo, y muy negativo. Si todavía quedaba algún tipo de esperanza se ubicaba por entero en mi corazón, en mi orgullo inquebrantable, y de ningún modo en la realidad. El Estado no solo era más lento, ineficaz y desinteresado que el Banco y que PagaSimple, sino que además era el principal beneficiario de los pagos automáticos que yo pretendía dar de baja. Para peor, la agencia recaudadora de impuestos era la única dependencia estatal con cierto atisbo de capacidad.

Tal cual lo había previsto, el sitio web estatal era innavegable y no ofrecía ninguna información sobre cómo darse de baja del pago automático. Envié un email que nunca tuvo respuesta. Luego de dos horas intentando comunicarme por teléfono, logré solicitar un turno para ser atendido en una

de las oficinas de la agencia recaudadora. Tras una hora de espera, fui atendido por una agente. Expuse mi caso una vez más. La oficial no dudó, ni reflexionó, ni consultó: esa gestión no podía ser realizada allí. Yo debía hacerla, “naturalmente”, ante PagaSimple, la empresa que me había dado de alta. De nada servía la razón, el argumento, la demostración, pues este conflicto era de otra naturaleza, estaba a otro nivel de la problemática humana. No era un problema lógico, sino político, o hasta tal vez filosófico. Una mezcla de impotencia e ira me inundó el cuerpo. Perturbado, quizás buscando alejarme de este último sentimiento, dejé a la agente sin saludar y salí a la calle.

¿Cómo lograría quebrar este laberinto sin salida? ¿Realmente no había más remedio que exigir la baja del pago automático tomando rehenes, como John Q, o con una ametralladora en la mano, como William Foster? ¿Debía denunciar la situación públicamente, apoyándome un arma en la sien, para luego acabar con mi vida en vivo y en directo? ¿Era esta una jugada a todo o nada, o era tan solo una forma dramática de rendición? ¿Se había rendido René Favalaro al pegarse un tiro en el corazón luego de denunciar su impotencia en su imprescindible carta pública? No estaba seguro del todo.

Como sugirió Franz Kafka alguna vez, decidí “reflexionar serena, muy serenamente, antes de tomar una decisión desesperada. Luego de unos días, a pesar de que todo parecía terminado, surgieron nuevas e inexplicables fuerzas. Me sentí vivo otra vez.”

Muchos dirían que haber acudido al Banco Central de la República de Mosquera (BRCM) fue un acto de evidente desesperación. Tal vez estén en lo cierto. Pocas entidades en el universo tenían una credibilidad tan baja. El BCRM tenía una misión muy acotada: preservar el valor del peso mosqueriano. Juzgándolo por su propia misión, era difícil no llegar a la conclusión de un rotundo fracaso. Tan solo en los últimos veinte años la moneda había perdido el 99.5% de su valor (1 dólar estadounidense había pasado de valer 1 peso mosqueriano a valer 200). Hacia atrás en el tiempo, los resultados de su trabajo no eran mejores. En los últimos ochenta años, la inflación acumulada había sido más de 250.000.000.000.000.000%. Un peso mosqueriano actual era el equivalente a más de 10.000.000.000.000 de los originales. Era difícil encontrar resultados como estos fuera de la literatura fantástica. Y, sin embargo, ahí seguía el BCRM, como si nada,

emitiendo opiniones, evaluaciones y pronósticos (y, sobre todo, emitiendo pesos mosquerianos) con informes de prosa seria, argumentos técnicos y procedimientos formales. “En la permanente búsqueda de fortalecer el peso y lograr la soberanía monetaria”, se atrevía inclusive a declamar.

A pesar de su prontuario, el BRCM era “la autoridad de aplicación de la República” en relación a las normas bancarias, débitos automáticos, etc. No quise ni imaginarme cómo serían los enemigos del BCRM. Navegué el sitio web del BCRM en busca de algún tipo de información de utilidad. Las páginas del sitio eran interminables pero, al mismo tiempo, parecían no decir nada. Busqué en la sección de ayuda. Era amplia, pero aclaraba que los múltiples medios de comunicación disponibles (teléfono, email, redes, chat online, etc.) solo estaban destinados para brindar soporte en la navegación del sitio web. Para otros tipos de consulta, debía dirigirme a otros organismos del Estado. Me negué a creerlo. Llamé por teléfono: tras largos minutos recorriendo opciones, una máquina me guió al punto de partida. Escribí un email. El ayudante remoto me confirmó que su servicio se limitaba a responder preguntas sobre la navegación del sitio web y que no podía brindar ningún tipo de información legal o financiera.

Estaba solo. Siempre lo había estado y siempre lo estaría en el futuro. Esa era la única y triste realidad. Si no la claudicación más completa, solo me quedaba el recurso de ampararme en figuras como Robert Neville o, si no había otro remedio, John James Rambo. Por un lado, sentía la innegable tentación de abandonarme a los hechos. Dejar todo como estaba, permitir que el Estado mosqueriano extrajera los frutos de mi trabajo con impunidad. Aceptar que así eran las cosas, para qué luchar contra la corriente, contra lo inevitable. Por otro lado, crecía en mí una resistencia, una primitiva sed de pelea, un fuego. No, de ningún modo las cosas podían ser así. Yo, Juan Manuel Herrera Sbaraglia de la Serna, no había venido a este mundo para dejarme pisotear, para pasar desapercibido ni, mucho menos que menos, para rendirme.

No vivía lejos del Palacio de Justicia. Me dirigí hacia allí. Sin haberlo previsto, me paré frente al imponente edificio. Era un producto del pasado dorado de la República de Mosquera, cuando la Justicia todavía era un ideal a alcanzar, cuando aún se la consideraba un pilar clave en la construcción de una grandeza que no solo parecía posible sino también inevitable. En el presente, en cambio, la Justicia no era más que un recurso a someter para la

construcción de poder propio. Ningún gobierno contemporáneo propondría la construcción de un Palacio de Justicia enorme y hermoso, como el que se levantaba ante mí, simplemente porque no podían concebir a la Justicia como algo enorme y hermoso. Parado frente al Palacio, levanté la cabeza y lo contemplé. Desde las alturas, sentí que el Palacio hacía lo mismo conmigo. Nos miramos durante varios minutos, en silencio, como si a pesar de todo nos comprendiéramos, como si supiéramos que debíamos estar del mismo lado pero que al mismo tiempo, por la naturaleza arbitraria de la vida, las circunstancias históricas nos enfrentaban. En un instante de verdad, le juré al Palacio — pero sobre todo a mí mismo — que nunca lograría doblegarme, jamás, que su belleza monumental no lograría subyugarme, porque yo todavía tenía aquello que él había perdido hace tiempo.

Mi razón de ser en aquel lugar no era retarme a duelo con el Palacio de Justicia, sino buscar información legal en las librerías especializadas de la zona. Luego de varias conversaciones con los librereros, logré encontrar la normativa vigente para los “débitos directos bancarios”. Compré el pequeño cuaderno (no, no estaba disponible en la extensa web del BCRM) y lo estudié durante ese mismo día. Como era de prever en base al sentido común más elemental, yo tenía el derecho de exigir al Banco el inmediato cese de los débitos (“stop debit”). Y todavía más, tenía el derecho a exigir la devolución del último pago realizado (“reversión”).

Alimentado y fortalecido por el nuevo conocimiento, regresé al Banco. Ahorraré los detalles de los padecimientos que tuve que atravesar para hablar con el gerente de la sucursal. Esta persona no estaba al tanto de la legislación del BRCM y daba toda la impresión de que la consideraba un mero elemento decorativo. El Banco ni siquiera tenía formularios para exigir la aplicación de la norma (como tampoco los tenía la web del BCRM). Su único argumento era el de siempre: el sistema no le permitía ejecutar las operaciones de *stop debit* y *reversión* que yo le requería.

“No, mi amigo, yo no le requiero nada. Es la ley la que lo hace, esa en la que usted vive escudándose para complicarme la vida. Y a mí, sabrá disculparme el vocabulario, me importa un carajo el sistema. Ese no es mi problema. Ya estoy lleno de problemas como para, encima, hacerme cargo de los problemas de su Banco y de los amigos de su Banco, PagaSimple y

el Estado, tráfugas todos, aunque disimulados bajo una efectiva capa de marketing, procedimientos profesionales y buenos modales.”

“Volveré”, anuncié, antes de dejar el banco con un intento de portazo, frustrado por el represivo sistema hidráulico de cierrapuertas. De regreso en casa, me puse a trabajar en el formulario.

En base a mi flamante cuadernillo de normas vigentes, confeccioné un formulario *sui generis* para requerir el *stop debit* y la *reversión*. Lo presenté al día siguiente. A los pocos días, fue rechazado por cuestiones de forma. Exigí detalles y, en base a los mismos, confeccioné un nuevo modelo. Fue rechazado, por nuevas cuestiones de forma. Exigí detalles y, en base a los mismos, confeccioné otro. Fue rechazado, por nuevas cuestiones de forma. Exigí detalles y, en base a los mismos, confeccioné otro. Así repetí el proceso semanalmente hasta que el banco no tuvo más remedio que aceptarlo y movilizar su paleolítica y monopólica estructura interna para adecuarse a la letra teórica y muerta del BCRM.

Yo no quería nada. Me había convertido en una especie de demente luchando sin expectativas, como aquel que se sabe muerto pero no está dispuesto a marcharse sin hacer antes todo el daño posible. Una versión actual, anónima e irrelevante del Quijote enfrentando a los burocráticos molinos de viento del presente. Un enfrentamiento condenado al olvido, ya que nadie estaba registrando mi historia, más allá de los formularios del Banco condenados a desaparecer, como todo aquello relacionado con el Banco, comenzando por el Banco mismo. No me movilizaba ya la esperanza de un resultado, sino algo más fundamental e inextinguible, una especie de entrega innegociable al golpe por golpe, cuya única consecuencia ya aceptada por mí era mi propia destrucción, aunque con la íntima intención — no la llamaría deseo — de arrastrar conmigo, en la caída, todo lo que fuera posible.

O tal vez, sin poder admitirlo, yo sí deseaba algo: hacer mi humilde aporte a evitar el hundimiento definitivo de la querida República de Mosquera.

Contra toda probabilidad, la última semana de mi arremetida formularia trajo buenas nuevas. El *stop debit* se había ejecutado exitosamente. Al leer la noticia, me emocioné. Unas lágrimas incipientes casi me traicionan. Pero había más. La *reversión* también se había ejecutado con éxito. La última cuota de mis impuestos había sido devuelta a mi cuenta

bancaria. Eso sí que era extraordinario. El insaciable Estado mosqueriano había tomado un puñado de dinero que ya estaba en sus bolsillos y me lo había devuelto. Yo no descartaba ser la única persona viva en la República de Mosquera a quien el Estado le había devuelto dinero en efectivo (si alguna vez había escuchado de semejante cosa, siempre había ocurrido en forma de crédito a favor). Me sentí vibrante y poderoso. El mañana se abría ante mí amplio y generoso, como un abrazo querido. La batalla no estaba perdida después de todo. A lo lejos, el futuro todavía se dejaba ver. Solo había que arremangarse e ir a buscarlo.

# Me voy a Qatar

La hinchada argentina que viaje a Qatar (y el resto también) va a necesitar una canción para alentar a la Selección. La música corresponde al tema *Me vas a extrañar*, de Damas Gratis.

<https://www.youtube.com/watch?v=iTNdq-GOVXc>

Perdimos en Venezuela  
Perdimos en Alemania  
Perdimos en 2004  
Perdimos en Arabia  
Perdimos en 2015  
Perdimos el Centenario  
Y perdimos La Copa  
En el suplementario

Mandaba la tristeza  
Estabamos en la lona  
Y por si fuera poco  
Perdimos a Maradona  
Pero nos levantamos  
Quedó atrás el fracaso  
De la mano de Messi  
Dimos el Maracanazo

Me voy al Mundial  
Y quemamos los ahorros  
Porque se me antoja  
Te voy a alentar  
Ya sea desde casa  
O sea desde Doha  
Vamos a soñar  
Que llega Navidad



Con la tercera Copa

Me voy a Qatar  
Me importan un carajo  
Todos los consejos  
Te voy a bancar  
Querida albiceleste  
Aunque estés muy lejos  
Vamos a ganar  
Que en esta aventura  
Ya siento los festejos

Cuando terminé esta letra, la compartí con algunos amigos futboleros. De algún modo, ya sabía qué esperar. Con otras palabras, me aseguraron que la letra “necesitaba” mayores cuotas de violencia, xenofobia y machismo para ser adoptada con éxito por la hinchada argentina. Un poco de pimienta. Alguna imagen sexual para graficar un hipotético triunfo, alguna promesa de muerte violenta o, por lo menos, algún insulto gratuito a los brasileños.

Yo era incapaz de escribir algo así. No solo porque esas ideas me parecían condenables, sino porque directamente no me nacían. Cualquiera que lo leyera, más allá de festejarlo o repudiarlo, no me creería. Y eso sería lo peor. ¿Acaso hay un mayor pecado que el de no ser auténtico?

Por eso decidí sostener mi versión ingenua, *vintage* si se quiere. Heredera quizás de la vieja *Vamos, vamos, Argentina* que promete que “esta banda bullanguera / no te deja, no te deja de alentar”. Yo estaba dispuesto a recibir el escarnio público, pero no por demagogo.

Con respecto a la letra, es posible que la versión completa sea demasiado larga como para ser aprendida en su totalidad. En ese caso, bastará con tomar solo una de las estrofas. Sugiero la tercera o la cuarta.

No pretendo que la letra sea adoptada tal cual la escribí. Por el contrario, tengo la certeza de que puede ser mejorada. Podría hasta indicar los puntos que me parecen peor logrados, pero no me gustaría quitarle el trabajo, ni el placer, a mis críticos. Si algo espero de esta letra es que sea un humilde aporte. Una primera versión que los fanáticos futboleros puedan

tomar como base y modificar a gusto, para reflejar con mayor precisión lo que somos.

Por supuesto, no voy a desperdiciar la oportunidad de opinar qué me gustaría que seamos. Tengo la certeza de que podemos ser los más apasionados del mundo sin la necesidad — sin el error — de volvernos agresivos en el peor sentido del término. Pocas creaciones en el mundo me parecen tan originales y emocionantes como nuestra “versión cancha” del himno nacional, cuando juntos tomamos el obstáculo de una primera porción sin letra y la convertimos en una maravilloso “oh, oh, oh, oh, oh, ohohohoho...” que acompañamos saltando abrazados. No tengo dudas de que ese es el camino.

# Por fin, el fin

## **Cómo contactarme**

- Web. Versiones digitales de mis libros, descargables en forma gratuita.

[jmguerrera.com.ar](http://jmguerrera.com.ar)

- Blog. Los relatos de este libro, traducciones y más, listos para compartir.

[medium.com/@jmguerrera](https://medium.com/@jmguerrera)

- Email. Para escribirme y contarme qué te pareció el libro.

[jmguerrera@gmail.com](mailto:jmguerrera@gmail.com)

- Instagram. De vez en cuando hago sorteos de libros.

[@jmguerrera](https://www.instagram.com/jmguerrera)

- WhatsApp.

[+54 9 11 2283 9356](tel:+5491122839356)

## **Podés ayudarme mucho si**

- Me escribís y me contás con total honestidad qué te pareció el libro. Sin dudas, tanto las críticas positivas como negativas me ayudarán a mejorar en el futuro. Los puntos que siguen son solo relevantes si el libro te gustó.

- Contribuís con este «libro a la gorra» (ver página 1).

- Te sumás a la financiación colectiva (*crowdfunding*) de mis próximos libros:

- - Comprando libros firmados por adelantado.

- - *Acompañando* algún relato de mis próximos libros. De esta forma, podrás cumplir el siempre postergado sueño de convertirte en un (mini) mecenas. Ejemplos de este formato ya pueden encontrarse en este mismo libro, como notas al pie al final de los primeros dos relatos.

- Hacés circular este libro.

- Me ayudás a repartir mis libros entre tus amigos lectores. Puedo darte un pión.

- Compartís en redes sociales:

- - Tus cuentos favoritos. Los encontrarás publicados en mi blog, ¡googlealos!

- - Una foto del libro.

- Dejás una crítica del libro en plataformas como GoodReads.

- Me ponés en contacto con alguna editorial a la que pueda interesarle publicar este libro, los anteriores o los próximos.
- Me ayudás a traducir los relatos a tu idioma.

### **Otros libros de mi autoría**

- *Punto Rosalía.*
- *Una aventura miserable.*
- *Esto no va a ser fácil.*
- *Sucesión de despertares en una ciudad desconocida.*
- *La maldad imperceptible.* Selección.
- *Libro del futuro.*
- *La ansiedad detrás de todo.*
- *Los malditos genios.* Selección.
- Libro en desarrollo, se publicará en 2022.
- Repito: pueden descargarse gratis en mi Web.

### **Ilustración de tapa**

El autor de la maravillosa ilustración de tapa es Mariano Jofré. A Mariano le gusta dibujar y pintar. Su cuenta de Instagram es @jofremariano

### **Agradecimientos de esta edición**

*«Agradece a la llama su luz,  
pero no olvides al pie del candil que, constante y paciente, la sostiene en la  
sombra.»*

*Rabindranath Tagore*

A los lectores, por su apoyo.

A mi hermana Mer, por su revisión de todos los textos, pero también por ayudarme a buscar la profundidad que podía haber en ellos. Admiro en ella su honestidad y coraje para enfrentarse a la verdad, comenzando por la suya. Recomiendo su blog «Última estación: fideos con queso» y sus libros de cuentos.

A mi amigo Mariano, por su ayuda en todas las cuestiones relacionadas al diseño visual del libro. Su humildad y generosidad son admirables.

A Oto, Lais, Gaby, Cami, Carla y Gerardo, por ayudarme en diversos frentes de este libro.

A Caro y Olga, quienes me ayudaron a traducir algunos de los escritos al inglés y ruso. Esas traducciones están disponibles en mi blog.

A Pablo, Lari y Corina, por utilizar este libro con sus alumnos y compartirme su experiencia.

A mi amigo Gonza, quien me apoya con su poco serio asesoramiento y su vino de gran calidad. A mi amiga Ceci, también.

A mis viejos, los incondicionales.

A todos los que me ayudaron en el proceso de creación del libro.

A quienes todavía no me ayudaron, pero que pronto lo harán.

## **Breve biografía**

*«...no hay desnudez más genuina y terrible que la expresión artística, si es auténtica; toda obra de arte es una autobiografía, no en el sentido literal de la palabra, sino en el sentido más profundo y grave: un árbol de Van Gogh es Van Gogh, es su propia y desnuda alma ante nosotros.»*

*Ernesto Sabato*

Si Sabato está en lo cierto, podrán conocerme más leyendo los cuentos de este libro que las pocas líneas que siguen. Aun así, voy a escribirlas, porque mis consejeros más comprometidos insistieron con que «me deje de joder con Sabato y Van Gogh, la gente quiere datos concretos».

Siempre escribí, desde que aprendí a hacerlo en 1989, a la tierna edad de seis años. Comencé a publicar mucho después, algo así como a los dieciocho. Primero, lo hice muy informalmente, con humildes fotocopias, luego en un periódico barrial y más tarde en un par de blogs. Entre 2016 y 2021, publiqué nueve libros (siete originales y dos selecciones).

Nunca participé de un taller literario. Eso quizás explique el resultado de este libro, sea cual sea. No es que me oponga a hacerlo, todo lo contrario, pero siempre que dispongo de tiempo para la literatura, prefiero dedicarlo a escribir o a leer.

Tampoco me opongo a publicar con una editorial, pero el trabajo de encontrar una es un proyecto en sí mismo, por lo general arduo y poco relacionado a la literatura. Por suerte, o por determinación, existen caminos alternativos.

Hace mucho tiempo, cuando publicaba en fotocopias, solía participar de concursos literarios. Pero ya no lo hago, por varias razones, como lo tedioso de los procesos de participación y mi desconfianza instintiva e injustificada hacia los jurados.

Por eso, o porque no soy tan bueno, no he ganado premios ni reconocimientos por el estilo. Eso no me resulta importante, pero son cosas que suelen mencionarse en las biografías.

No vivo de la literatura. Eso me facilita escribir y publicar con una enorme libertad, sin ningún tipo de condicionamiento.

Ahora sí, los datos concretos. Nací en Palermo, Buenos Aires. Crecí en el conurbano, en San Andrés, mi barrio. Allí fui parte del Colegio Agustiniano, del Club Tres de Febrero (donde me recibí de Guardavidas), de la Biblioteca Diego Pombo y de la agrupación Vecinos de San Andrés. Más tarde me recibí de Ingeniero en Informática (UBA). En paralelo, aprobé el primer año de Ciencias Políticas (UBA). Ya recibido, fundé dos pequeñas empresas junto a mi amigo Mariano, en las que trabajo hasta el día de hoy: Glidea y Drupal Soul. Durante los últimos años, pude hacer muchos viajes en Latinoamérica, Europa, Asia y Norteamérica. Y también estuve aprendiendo a bailar tango.

Por último, lo más importante: estoy muy feliz de escribir, publicar y compartir este libro con ustedes.

## **Licencia de Cultura Libre**

Algo destacable de esta edición es que se publica bajo una Licencia Creative Commons muy abierta que califica como «Licencia de Cultura Libre». Esto significa que, bajo los términos de esa licencia, por ejemplo, este libro puede ser fotocopiado o editado libremente, inclusive con propósitos comerciales.

*Esta obra está bajo una Licencia Creative Commons Atribución - CompartirIgual 4.0 Internacional. ¡Esta es una Licencia de Cultura Libre!*

## **Burocracia**

Uno de los aspectos positivos de la auto-publicación es que puede darse a la burocracia el lugar que se merece: el peor de todos. Que no es el final, sino justo antes.

*Primera edición impresa. Editado por Juan Manuel Guerrero en San Andrés, Buenos Aires, Argentina, durante noviembre de 2021. Impreso en Argentina. Queda hecho el depósito que establece la Ley 11.723.*

**Si ya terminaste de leer el libro, por favor pasalo. Yo me comprometo a seguir imprimiendo ejemplares hasta El Último Día, todos los que pueda, para que alguno de ellos vuelva a llegarte.**

# Notes

[←1]

En parte, pudiste leer este relato gracias a Gabriela Wiesztort, quien *acompañándolo* contribuyó a financiar la impresión de este libro. Si querés acompañar un relato de mis próximos libros, buscá más información al final, en la sección *Cómo colaborar*.



[←2]

Este escrito debía ser parte del libro al que da nombre, *La ansiedad detrás de todo*, publicado con anterioridad. Sin embargo, el autor — en sus palabras — “no pudo esperar a terminarlo” y decidió no incluirlo. Por eso, ahora, es parte de este libro.